

Planta es, pues, perjudicial, y aun perjudicialísima, el faccioso; pero también la naturaleza, sabia en esto como en todo, que al criar los venenos crió de paso los antidotos, dispuso que se supiesen remedios especiales á los cuales no hay mata de facciosos que resista. Gran vigilancia sobre todo, y donde quiera que se vea descollar uno tamaño como un cardillo, arrancarle: hacer ahumadas de pólvora en los puntos de Castilla, que como Roa y otros los producen tan exquisitos, es providencia especial: no se ha probado á quemarlos como los rastrojos, y aunque este remedio es más bien contra brujas, podría no ser inoportuno, y aun tengo para mí que había de ser más eficaz contra aquéllos que contra éstas. El promover un verdadero amor al país en todos sus habitantes, abriéndoles los ojos para que vean á los facciosos claros como son y los distinguan, sería el mejor antidoto; pero esto es más largo y para más adelante, y ya no sirve para lo pasado. Por lo demás, podemos concluir que ningún cuidado puede dar á un labrador bien intencionado la acumulación del faccioso, pues es cosa muy experimentada que en el último apuro la planta es también de invierno, como si dijéramos de cuelga; y es evidente y sabido que una vez colgado este pernicioso arbusto y altamente separado de la tierra natal que le presta el jugo, pierde como todas las plantas su virtud, es decir, su malignidad. Tiene de malo este último remedio que para proceder á él es necesario colgarlos uno á uno, y es operación larga. Somos enemigos además de los arbitrios desesperados, y así, en nuestro entender, de todos medios contra facciosos parecenos el mejor el de la pólvora, y más eficaz aun la aplicación de luces que los agostan, y ante las cuales perecen corridos y deslumbrados.

## LA JUNTA DE CASTEL-O-BRANCO

No hay cosa como una junta, si se trata sobre todo de juntarse aquellos á quienes Dios crió. Podrán no hacer nada las gentes en una junta, podrán no tener nada que hacer tampoco, pero nada es más necesario que una junta; así que, lo mismo es nacer un partido, pónenle al momento en



junta como lo habían de poner en nodriza, y no bien abre los ojos á la luz se encuentra ya juntado, que no es poca ventaja. La junta, pues, es el precursor de un partido por lo regular, y esta clase de juntas andan siempre por esos caminos interceptando, ó interceptadas, cuando no están fuera del reino tomando aires, ó tomando las de Villadiego, que de todo toman las juntas.

La que en el día llama nuestra atención es la de Castel-o-Branco. Empezaría á anoecer en Castel-o-Branco, y poníase por consiguiente oscuro el horizonte, cuando acertó á pasar por allí un español de estos sanos de los del siglo pasado, y que poco ó nada se curan del Gobierno: de éstos que dicen: á mí siempre me han de gobernar, tómelo por donde quiera. Á qué iba el español á Castel-o-Branco, eso sería averiguación para más despacio. Basta saber que iba y que ya llegaba, cuando se halló detenido en medio de su camino por un portugués, que con voz descompuesta y cara de causa perdida: «Casteção, le dijo, ¿es vasallo deu senhor emperante Carlos V? ¿Vien de Castella?»—Entendíasele un poco más al castellano de gallego que de achaques de gobiernos, y con voz reposada y tranquilo continente: «Yo no sé de quién soy vasallo, contestó, ni me urge saberlo, sino que voy á mis negocios: yo ni pongo rey ni quito rey: quien anda el camino tenga cuidado...» Enfadábase ya el portugués, y era cosa temible. Conociólo el labriego, y antes de que echase la casa por la ventana, si bien allí no había casa ni ventana: «No se enfade vuestra merced, señor portugués, le dijo, que yo siempre seré vasallo de quien mande; sabido es que yo y los míos nunca descomponemos partido. ¿Pero quién es mi rey en esta tierra?»—Eu senhor Carlos V.—Vaya, sea en hora buena, contestó el castellano, porque yo por ahí atrás me dejaba reinando á mi señora la reina...—¡Casteção!—No se enfade vuestra merced...» y de allí á poco entraban ya compadres por el pueblo el portugués de la mala cara y el español de las buenas palabras.

Pocos pasos habrían andado, cuando se esparció la noticia por todo Castel-o-Branco de cómo había llegado un vasallo de su majestad imperial. Es de advertir que como todos los días no tiene su majestad imperial proporción de ver un vasallo suyo, porque andan para él los vasallos por las nubes, decidióse lo que era natural y estaba en el orden de las cosas;



y fué que así como un pueblo de vasallos suele solemnizar la entrada de un rey, así pareció justo que un pueblo de reyes solemnizase la entrada de un vasallo. Echáronse, pues, á vuelo las campanas : con este motivo hubo quien dijo : « principio quieren las cosas, » y quien añadió : « que el reinar no quiere más que empezar. » Digo, pues, que se echaron á vuelo las campanas, y el labriego se aturdía; verdad es que el ruido no era para menos.

—¿ Qué fiesta es mañana? preguntaba el buen hombre.

—Festéjase la llegada de vuesa merced, señor casteçao.

—¿ Mi llegada? ¡ Vea usted qué diferencia! Allá en España nunca festejó nadie mis idas y mis venidas, y eso que siempre anduve de ceca en meca; ya veo que en este país se ocupan más en cada uno.

En estos y otros propósitos entretenidos llegaron á una casa que tenía una gran muestra, donde en letras gordas decía :

## JUNTA SUPREMA DE GOBIERNO

*De todas las Españas, con sus Indias*

No quisiera entrar el labrador; pero hízole fuerza el portugués. Agachó, pues, la cabeza, y hallóse de escalón en escalón en una sala grande como un reino, si se tiene presente que allí los reinos son como salas.

Hallábase la tal sala alhajada á la espartana, porque estaba desnuda; en torno yacían los señores de la junta sentados, pero mal sentados : sea dicho en honor de la verdad. Luces había pocas y mortecinas. Un mal espejo les servía para dos fines; para verse muchos siendo pocos, y consolar de esta manera el ánimo afligido, y para decirse de cuando en cuando unos á otros : « Mírese su excelencia en ese espejo. » Porque es de advertir que se daban todos unos á otros dos cosas, á saber : las buenas noches y la excelencia.

Portero no había; verdad es que tampoco había puertas, por ser la casa de estas malas de lugar que, ó no las tienen, ó las tienen que no cierran. Una mala mesa en medio, y un mal secretario, eran los muebles que componían todo el ajuar.

No sé dónde he leído yo que en cierta tierra de indios el congreso supremo de la tribu se reúne, para deliberar, en grandes cántaros de agua fresca, donde se sumergen desnudos



sus individuos, dejando sólo fuera del cántaro la cabeza para deliberar. No se puede negar que existe gran semejanza entre la junta de Castel-o-Branco y el congreso de los cántaros, y que los carlistas que componen la una y los salvajes que forman el otro, están igualmente frescos.

Dominaba en el testero de la sala de Juntas el tesorero general del pretendiente, don Matías Jarana, porque en tiempos de apuro el que tiene el dinero es el empleado principal; el cual, si no era gran tesorero, era gran canónigo. Dicho esto, me parece excusado detenernos mucho en describirle; estamos seguros de que el inteligente lector se lo habrá figurado ya tal como era. Oprimía á su lado el ministro de Hacienda una mala banqueta, que gemía no tanto por el noble peso que sostenía, como por el mal estado en que se encontraba. Tambaleábase por consiguiente su excelencia á cada momento; figurósele al labriego temblor el movimiento oscilante de su excelencia; pero está averiguado que era el mal asiento. Flaco, seco, y con cara de contradicción, hacía de notario de reinos don Jorge Ganzúa, que lo había sido de Coria.

Veíase á otra parte de pié, y en actitud de huir á la primera orden, á un cabo del resguardo, partidario que fué del año 23. Representaba éste al ministro de la Guerra, y llamábase Cuadrado, además de serlo.

Un dependiente del cabildo de Coria y dos personajes más, en calidad de Consejeros supremos de la junta, hacían como que meditaban, por el buen parecer, en un rincón de la sala.

Indecible fué la alegría de la Junta suprema cuando el portugués hubo presentado á nuestro pobre labriego en calidad de vasallo de su majestad imperial.

—Excelentísimos señores, exclamó el señor tesorero en altas voces, reconozcamos en ese vasallo el dedo del Señor: ya ha llegado el día del triunfo de su majestad imperial, y ha llegado al mismo tiempo un vasallo: todo ha llegado. Opino que en vista de esta novedad deliberemos.

—En cuanto á lo de deliberar, dijo entonces el señor notario, recuerdo al señor presidente que esto es una junta.

—No me acordaba, dijo entonces el presidente; nótese que esta es la primera junta de que tengo el honor de ser individuo.

—Se conoce, dijo el notario: y lo apuntó en el acta.—Hable, pues, si sabe y si tiene de qué el excelentísimo señor ministro de Hacienda.



—Dispiértele usted, dijo entonces el presidente al portugués que hacía de ujier; dispiértele usted, pues parece que su excelencia duerme.

Llegóse el portugués á su excelencia, que efectivamente dormía, y díjole en su lengua:—No haga caso su excelencia de que está en junta, que es llegado el momento de hablar.—Soñaba á la sazón su excelencia que se le venían encima todos los ejércitos de la reina, y volviendo en sí de su pesadilla con dificultad:

—¿Hablo yo? dijo; vamos á ver. Las mejoras, pues, aunque no nos toque el decirlo, las mejoras...

—Al orden, al orden, interrumpió el presidente: ¿qué es eso de mejoras?

—Soñaba que estábamos en España, contestó su excelencia turbado. Perdone la junta. Por consiguiente hable otro, que yo no estoy para el paso. Mi intermisión por otra parte no urge. Mi ministerio...

—Excelentísimo señor, dijo el presidente, cierto; pero acaba de llegar...

—¿Ha llegado la hacienda, ha llegado mi ministerio? preguntó azorado el señor Tallarín, buscando con los ojos por todas partes si llegaría á ver un peso duro...

—Todavía no; pero...

—¡Ah! pues entonces, repuso el ministro, repito que no corro prisa; y volviéndose en la banqueta y hacia el portugués: Avíseme usted, señor don Ambrosio de Castro y Pajárez, Almendrudo, Oliveira y Caraballo de Albuquerque y Santarén, en cuanto llegue la hacienda. Dicho esto, volvió su excelencia á anudar el roto hilo de su feliz ensueño, donde es fama que soñó que era efectivamente ministro.

—Yo hab...b...blaré, dijo entonces uno de los consejeros supremos, que era tartamudo; yo hablaré, que he s... s... s... ido por... pr... pro... curador...

—Mejor será que no hable nadie, dijo entonces el notario al oído del presidente, si ha de hablar el señor...

—Di... di... dice bien el señor not... notario, dijo entonces el consejero sentándose, p... p... por... porque no acabáramos nunca.

—Pido la palabra, dijo el que estaba á su lado.

—¿Quién diablos se la ha de dar á vuestra excelencia, dijo entonces el presidente amoscado, si nadie la tiene?



—Recuerdo á su excelencia, dijo el notario, que en el orden del gobierno de su majestad imperial no se puede pedir la palabra, y que es una frase mal sonante: ó hablar de pronto, ó no hablar.

—Si el señor Cuadrado no está para hablar, dijo entonces el presidente, nos iremos á casa.

—Más estoy para obrar que para hablar, contestó su excelencia; pero fuerza será, pues no hay quien hable. Digo en primer lugar que yo no doy un paso más adelante si no se conviene en presentar mañana á la firma de su majestad imperial un decreto... ¿Eh?

—Adelante.

—Bueno. Y declaro como fiel y obediente vasallo de su majestad imperial el señor Carlos V, por quien derramaré desinteresadamente hasta la primera gota de mi sangre, que no sigo en el partido si su majestad no lo firma.

—Mal pudiera oponerse la junta á tanta generosidad,

—Propongo, pues, continuó el excelentísimo señor cabo, ministro de la guerra, el siguiente decreto que traigo para la firma. «Yo, don Carlos V, por la gracia del reverendísimo padre Vaca, y del excelentísimo señor Cuadrado, emperador de, etc., etc: (Aquí los reinos todos.) Sin entrar en razones quiero y mando que queden suprimidos los carabineros de costas y fronteras, y se reorganice el antiguo resguardo: quedando todos los fondos á disposición del excelentísimo señor Cuadrado.—Yo el emperador.—Al ministro de la Guerra Cuadrado.»—Y por el pronto será del resguardo el señor vasallo que está presente, encargado por ahora, y hasta que haya más, de obedecer las órdenes del Gobierno.

—Alto, dijo al llegar aquí el señor canónigo presidente, que yo traigo también mi decreto, y dice así el borrón *mutatis mutandis*.

(No hemos podido haber á las manos ninguna copia de este borrón por más exquisitas diligencias que hemos practicado; pero ya se deja inferir poco más ó menos su tenor. ¡Válgame Dios, y qué cosas se pierden en este mundo!)

Anotó el notario en el acta el segundo decreto y pasó á proponer el siguiente que acababa de redactar como ministro de Gracia y Justicia, dejando aparte la gracia y la justicia: decía así el borrón:

«Artículo 1.º En atención á la tranquilidad con que posee



y gobierna su majestad imperial el señor don Carlos V estos sus reinos, todos los que las presentes vieren y entendieren, se entusiasmarán espontáneamente y se llenarán de sincera y voluntaria alegría, pena de la vida, en cuanto llegue á su noticia este decreto: debiendo durar el entusiasmo tres días consecutivos sin intermisión, desde las seis de la mañana en punto, en que empezará, hasta las diez de la noche por lo menos, en que podrá quedarse cada cual sereno.

Art. 2.º No pudiendo concebir la Junta suprema de Castel-o-Branco el abuso de las luces introducido en estos reinos de algún tiempo á esta parte, suprime y da por nulas todas las iluminaciones encendidas y por encender, en atención á que sólo sirven para deslumbrar las más veces á sus amados vasallos, y manda que no se solemnice ninguna victoria, aunque la llegara á lograr algún día casualmente, con esa especie de regocijo, en que nadie se divierte sino los cosecheros de aceite.

Art. 3.º Quedan prohibidas como perjudiciales todas las mejoras hechas, debiendo considerarse nula cualquiera que se hiciese sin querer, pues queriendo no se hará.

Art. 4.º Convencida la junta de que nada se saca de las escuelas sino ruido, y que se calienten la cabeza los hijos de los amados vasallos del señor don Carlos V, quedan cerradas las que hubiese abiertas: debiendo olvidar cada vecino en el término improrrogable de tres días, contados desde la fecha, lo poco ó mucho que supiese, so pena de tenerlo que olvidar donde menos le convenga.

Art. 5.º Siendo de algún modo necesario hacerse con vasallos para ser obedecido de alguien, la junta suprema perdona é indulta á todos los españoles que hubiesen obedecido á la reina gobernadora, si bien reservándose, para cuando los tenga debajo, el derecho de castigarlos entonces uno á uno ó *in solidum*, como mejor la plazca.

Art. 6.º No siendo regular que el supremo Gobierno se exponga al menor percance, tanto más cuanto que hay en España, según parece, españoles que se hacen matar por su señor Carlos V, sin meterse á averiguar si su majestad y sus atláteres pasan como ellos trabajos, y dan su cara al enemigo, ó si esperan descansadamente jugando á las bochas ó al Gobierno, á que se lo dén todo hecho á costa de su sangre para agradecerse después como es costumbre de caballeros pre-



tendientes, es decir, á coces; la Junta suprema y el Gobierno de su majestad imperial permanecerán en Castel-o-Branco; tanto más cuanto que hay en Portugal muy buenos vinos y otras bagatelas precisas para la sustentación de sus desinteresados individuos; y sólo entrará en España, si entra, á recibir enhorabuenas y dar fajas y bastones á los principales facciosos y cabecillas que para lograrlos pelean desinteresadamente por el señor Carlos V, y bastonazos á los demás.»

¡Viva! ¡viva! exclamó al llegar aquí toda la junta, y es fama que despertó entonces el ministro de Hacienda, y aun hay quien añade que echó un cigarro á pesar del mal estado de su ministerio.

Temblaba á todo esto el buen labriego, pues ya había caído él en la cuenta de que si todos aquellos señores habían de mandar, y no había otro sino él por allí que obedeciese, era la partida más que desigual. Calculando, pues, que en un pueblo donde no había más que la justicia y él, él había de ser forzosamente el ajusticiado, andaba buscando arbitrios para escaparse del poder de la junta; la cual así pensaba en soltarle, como quien lo consideraba en aquellos momentos un cacho de la apetecida España, que la Providencia tiene guardada felizmente para más altos fines.

Pero Dios, que no se olvida nunca de los suyos, aunque ellos se olviden de él, lo había dispuesto de otro modo: no bien se había leído el último renglón del decreto del notario, cuando se oyó en la calle un espantable ruido.—Estos son tiros, exclamó Cuadrado, que era el único que alguna vez los había oído desde lejos.

—¡Tiros! dijo el presidente, ¿á que estamos ganando una batalla sin saber una palabra?...

—No corremos ese riesgo, entró gritando el portugués: sálvense vuestras excelencias, sálvense: aquí quedo yo, que soy portugués y basto para cien casteços.—Os perdono, dijo entonces volviéndose á los que ya entraban, os perdono, casteços; daos, que no os quiero matar.

Pero ya en esto diez y nueve robustos contrabandistas habían entrado á dar sus diez y nueve votos en la junta, y echándose cada uno un argumento á la cara: ¡Viva Isabel II! dijeron. Hacíase cruces el presidente, escondíase debajo de la banqueta el excelentísimo señor ministro de Hacienda, tapaba el notario de reinos el acta, no salía el tartamudo de la



p... inicial de perdón, y hacían los demás un acto de atrición con más miedo del infierno que amor de Dios. El labriego solo era el que bendecía su estrella, y quien echando mano de un cordel que para otros usos traía, dispuso á la junta en forma de trailla; la cual en la misma y más custodiada que tabaco en rama, por los diez y nueve votos de contrabando que habían levantado la sesión, se entró por los términos de España, á las voces del portugués, que casi desde Castelobranco les gritaba todavía en mal castellano: «No tenham miedo vuestras excelencias, aunque les aforquen los casteçaos; que yo, en acabando de pelear aquí por su majestad don Miguel I, que es cosa pronta, he de pasar la raya; y ó me llevo allá al emperador Carlos V, ó me traigo acá á Castilla.»

## SEGUNDA CARTA

### DE UN LIBERAL DE ACÁ Á UN LIBERAL DE ALLÁ

SIN duda será cosa que te asombre, querido Silva Carballo d'Albuquerque, recibir mi segunda carta antes que la primera. Ya se ve, acostumbrados ahí en Portugal á proceder lógicamente y empezar siempre por el principio, me tratarás de loco, si es que no me tratas de ministerial. Pero te has de hacer varios cargos. En primer lugar, no en todas partes hay las mismas costumbres. En España solemos empezar por lo último, dejándonos lo principal en el tintero, y pensar que yo solo me he de salir del camino trillado es pedir peras al olmo, ó, lo que es lo mismo, libertad á un ministerio; es buscar cotufas en el golfo; más claro, por si no entiendes este refrán, es buscar una sentencia de muerte en causa carlista.

Ni yo veo la necesidad de empezar siempre por el principio, sobre ser esto cosa que á cualquiera le ocurriría, y aquí no somos cualquiera: el empezar por lo último tiene la singular ventaja, que á ti no te habrá ocurrido, de aparecer las cosas acabadas desde luégo. Las naciones se manejan como



los sonetos; los cuales, si han de ser buenos, no hay poeta mediano que no los empiece por el último verso. Agrega á esto que de hacer las cosas mal, resulta otro beneficio, cual es el de poderlas enmendar, y así lo que no va en el libro va en la fe de erratas. Á cuyo propósito viene de perilla el recordarte el cuento de nuestro don Bartolomé, acerca del mal pintor que quería blanquear, y luégo pintar su casa, y á quien un inteligente aconsejaba que mejor le estaría para su gloria pintarla primero y después blanquearla.—En segundo lugar has de saber que mi primera carta fué malamente interceptada: y no es decir que te la enviase yo por Vizcaya, lo cual hubiera sido grave error geográfico, sino por el conducto de este malhadado periódico, que perdona la censura. Pero es de advertir, amigo, que un periódico es en el día, en punto á interceptaciones, una verdadera Vizcaya. Es más fácil casi llevar un pliego al general en jefe, aunque no se sepa dónde pára, que hacer llegar al público un mal artículo. Verdad es que, si hemos de hablar claro, es más fácil saber dónde está el público que dónde está Rodil: ya ves que no te lo pondero poco. Cada periódico dice que lo tiene en su casa; pero en realidad el público es como la libertad, que todos dan en decir que la tenemos, y ninguno la ve.

Interceptada, pues, mi primera carta, ¿qué otro recurso me queda que escribirte la segunda? Si yo no fuera tan escrupuloso, bien pudiera llamar segunda á la primera; pero yo, amigo, como Boileau, *J'appelle un chat un chat et Rolet un fripon*.

Y así me dejaran, como llamaría otras muchas cosas por su nombre: que á creerme autorizado como el ministerio de lo Interior á mudar los nombres á las cosas, ya puedes imaginarte que no sería por mis cartas por donde empezaría.

Vamos á otra cosa: ¿no hay facciosos en Portugal, querido Silva? ¿Hay país más raro? ¿Cómo podéis vivir sin facciosos? ¿De qué habláis, pues? ¿á quién perseguís? ¿de qué llenáis vuestra *Gaceta*? ¿Vivís sin partes oficiales, sin sorpresas? Raro me habían dicho que era Portugal, pero no tanto.

Dolorosa me ha sido la muerte de vuestro don Pedro, muy dolorosa, más por afición que le tenía, que por creer que os fuese necesario. Sin ir más lejos, aquí no hemos tenido don Pedro, y nos hemos pasado sin él: verdad es que también nos pasamos sin otras cosas. ¿Es posible que en Portugal



nadie tiene miedo á los liberales? ¡Lo que va de un clima á otro! Lo mismo sucede con esto que con las tarántulas, que en tierra de Tarento son ponzoñosas, y en países más fríos no; por acá los liberales son tremendos; así es que les tenemos, no diré un miedo cerval, pero sí un miedo ministerial. Si el liberal, sobre todo, ha emigrado, y si necesita empleo para vivir, es cosa muy perjudicial: los liberales buenos son los que no han emigrado, ni se han estado aquí, y los que no necesitan comer para vivir. Los demás llevan siempre la anarquía en el bolsillo. En Portugal, por el contrario, los terribles eran los miguelistas: aquí no: aquí los carlistas son como si dijéramos de casa... pero baste en este punto.

Por las *Gacetas*, dices, conoces que lo de Vizcaya va bien; yo lo creo: un señor procurador bien informado ha dicho no há mucho en el Estamento, que el año pasado tenía la facción unos dos mil hombres, y que en el día cuenta veinte mil; me parece, pues, que no puede ir mejor; la facción parece deuda del Estado según crece.

Preguntarásme de dineros: en eso sí que estamos bien; ya sabes, por la mucha filosofía que has estudiado, que no es más rico aquel que tiene más dinero, sino aquel que tiene menos deseos. Por esta regla de eterna verdad, ¿qué nación más rica que la nuestra? Aquí nadie desea más de lo que tenemos: mira tú si nos contentamos con poco! En realidad no falta casi nada, porque no falta más que dinero. Pero esto se compondrá, Dios y un empréstito mediantes.

Por las discusiones del Estamento te enterarías de cómo la España no está bastante civilizada; en una palabra, bastante madura para instituciones más anchas. Pero si no está madura para eso, lo está en cambio para otras cosas. Para pagar lo que se ha comido y lo que no se ha comido; para reconocer sus deudas y las ajenas está en toda su sazón. Se desgaja del árbol. En punto á deudas está al nivel de las naciones más cultas. Efectivamente, si es señal de madurez en la fruta el estar caída, convengamos en que nuestra patria está más que madura; está pasada.

Con respecto á caminos no hay otra novedad, si es que eso se puede llamar novedad, que el seguir los más de ellos interceptados, incluso el de las reformas. Á bien que siempre nos queda expedito el del cielo, que es el gran camino, y por el cual caminamos á pasos agigantados con toda la paciencia



de buenos cristianos: los demás, en realidad, más son veredas que caminos.

Á propósito de veredas, ya sabrás que han nombrado á Mina para la guerra de Vizcaya. Mina hará una carrera rápida con este Gobierno. Un año no más ha tardado en ser empleado. Ocho años más, y sabe Dios adónde llegará.

El Estamento de Próceres tuvo antes de ayer una sesión: es probable que tenga otras. — Sabrás cómo ya se emplean por todas partes los hombres de talento. No se da un solo destino que no sea al mérito.

La milicia urbana ya se ha reunido, no sólo una vez sino que creo que ha sido hasta dos. Se dice que si dará ó no dará un poquito de servicio las tardes de los días de fiesta en el teatro. Con esto ya verás qué paso lleva Zumalacárregui.

El cólera sigue haciendo en algunas provincias más estragos que un reglamento de censura.

Mucho me alegro de que en Portugal seáis tan libres y tan felices. Aquí es enteramente lo mismo.

Hasta otra, querido Silva.—*El liberal de acá.*

PRIMERA CONTESTACIÓN  
DE UN LIBERAL DE ALLÁ  
Á UN LIBERAL DE ACÁ

---

**D**ICES, querido liberal casteçao, que me asombrará el recibir tu segunda carta antes que la primera. Te equivocaste, amigo, como es estrella vuestra en todas ocasiones: á mí en hablándoseme de ese país no me asombra nada. Hubiérame antes parecido cosa rara haber recibido tus cartas por su orden. Ya por acá sabemos que en punto á cartas no jugáis muy limpio.

Pero, en fin, he recibido la segunda, á propósito de la cual te diré que vengan ellas, y vengan cómo y cuándo puedan, que yo luégo las ordenaré, como Dios me diere á entender,



á semejanza de aquel que, no sabiendo más de ortografía que muchos gobernantes de gobierno, enviaba juntos en la posdata gran número de comas y signos de puntuación, añadiendo á su corresponsal: «por lo que hace á los puntos y á las comas, ahí van todos juntos para que usted se entretenga en ponerlos en su lugar, que yo ando de prisa.»

Nótase en toda tu carta cierto mal sabor de ironía, capaz de dar vahídos al más duro de cabeza, si se les diese á ciertas cabezas duras algo de algo. Por el rey don Sebastián te juro que no entiendo por qué os quejáis tanto los liberales casteños. ¿Tenéis vosotros vencedores y vencidos? Claro está que no; porque aunque los facciosos en algunas partes hasta ahora han podido más, se les debía contar lo que de dos que habían reñido decía un chusco, al preguntarle quién de los dos había podido más. «Claro está, respondió, que el que cayó debajo, puesto que tuvo al otro encima.»

Ellos han podido más, porque en realidad siempre os tienen encima.

Insisto por otra parte en que no hay vencedores ni vencidos, como dice vuestro ministerio; para convencerse de lo cual basta echar una ojeada á los puestos respectivos que ocupaban el año 32 Calomarde y los suyos, y á los que ocupan en el día sus sucesores: esas mudanzas no han sido haber vencedor ni vencido, sino finura de Calomarde, que ha renunciado generosamente su sillón á los que mandan en el día.

Convengamos en que es un gran consuelo para uno que lo pasa mal, decirle al oído; lo pasa usted mal, pero hágase usted cargo de que no hay vencedores ni vencidos. En no habiendo vencedores ni vencidos, que te roben al volver de una esquina, que te salga una lupia en medio de la frente, ó una joroba en medio de las espaldas, nada te debe importar: porque sin esos vencedores y vencidos no hay felicidad posible en la tierra, como lo hallarás escrito en todos los filósofos. Ahora con vencedores y vencidos marchas por tu camino como un coche con sus ruedas. Despachaos, pues, los liberales casteños á vencer á álguien, y si los carlistas no se dejan vencer, venceos por de pronto á vosotros mismos, que ese será el vencimiento que esos señores querrán dar á entender como necesario para que todo éntre en caja, sobre ser esa clase de victoria la más agradable á los ojos de Dios.



Y aunque no tuviérais en cada desgracia que os sucede el gran consuelo de reflexionar que no hay vencedores ni vencidos, no veo yo la causa de tanta aflicción. Que está el pretendiente en Vizcaya... y bien: ¿y qué es el pretendiente? Según una feliz expresión de un diputado francés, traducida y arreglada para vosotros por un amigo tuyo y mío, nada: un faccioso más.

Que se ha aumentado la facción; que tenía dos mil hombres el año pasado, y que éste tiene veinte mil, como me dices en tu segunda carta. Pero ¿qué es eso, amigo mío? Bien contado, nada: diez y ocho mil facciosos más.

Que os dió gran dolor lo de Carondelet: ¡oh almas apocadas! ¿Y qué es eso bien mirado? Nada: una sorpresa más.

¡Ay, amigo, las cosas son como se quieren ver! Filosofemos un momento. Quiero suponer que volviéramos al año 32, que es todo lo peor que os podría suceder. ¿Y bien? á los ojos de la poesía ¿qué sería esto? Nada: diez años más de despotismo; y que te ahorcasen á ti, por ejemplo. ¿Y qué sería esto comparado con la inmensidad del universo? Nada: un ahorcado más en el mundo.

Que no tenéis dinero... ¿y qué es eso? Nada: una miseria más. Que no teniendo un cuarto, habéis reconocido todo lo anterior. ¿Y qué es eso? Nada: una deuda más. Que tenéis que recurrir á un empréstito. ¿Y qué es eso? ¡oh ánimas mezquinas! Nada: un empréstito más. Que hay cólera, en fin, en varias provincias... ¿Y qué es eso últimamente? Una calamidad más.

Ya ves que tomadas las cosas de esa manera, maldito si hay por qué afligirse. Á propósito de afligirse, ¿qué hay del ministerio del Interior? Después de haber mudado los nombres á las cosas, supongo que habrá hecho mil otras reformas de primera importancia. Escríbeme largo en ese punto, si hay de qué.

¿Cómo va de milicia urbana? Ya inspirará confianza á todo el mundo; ya estará toda organizada y armada; dóilo por supuesto.

Háceme reír por último en tu carta lo que del miedo que á los liberales se tiene por ahí, me dices. En cuanto á eso, y en cuanto á los muchos que han andado de cárcel en cárcel, y de destierro en destierro por conspiradores, así como á los que andan sin colocación todavía por anarquistas, concluiré



esta misiva con recordarte el lema que un escribano ladino encontró en un pesado mamotreto, revolviendo el archivo de la chancillería de Valladolid. Decía así: «Causa formada á las monjas del convento de Santa Clara de esta ciudad, por volar, y otros excesos.»

Así me parece á mí que son los excesos de esos pobres liberales de Castilla como los vuelos de las madres: con lo cual quedo á tus órdenes, esperando noticias de esa nación privilegiada, la cual se me figura que andando siglos podrá llegar algún día á remontarse á la altura de Portugal. — *O senhor don Sebastian Carvalho d' Alburquerque.*

### TERCERA CARTA

## DE UN LIBERAL DE ACÁ

### A UN LIBERAL DE ALLA

---

**D**os cartas he recibido tuyas, querido Silva, la una en letra de molde por el conducto de esta estafeta pública, y secreta la otra en que nos haces á los liberales de acá estupendos cargos. No tiene la primera contestación, ó al menos á mí no me ocurre, lo cual es lo mismo, puesto que he de ser yo quien la ha de dar. Tiénela sí la segunda, y larga: tanto que pudiera ocupar con ella más pliegos que ocupó la memoria de Marina presentada en las Cortes, más tiempo que dura una facción, y más terreno que el que reconoce cuándo y cómo quiere Zumalacárregui, sin darte por eso más fruto ni más sustancia que el que pueden dar de sí todas esas cosas juntas.

¿Me preguntas si es Gobierno representativo lo que tenemos? No entiendo yo muchas veces tus preguntas. Todo es aquí representativo. Cada liberal es una pura y viva representación de los trabajos y pasión de Cristo, porque el que no anda azotado, anda crucificado. Luégo, no hay oficina en que no se encuentren representaciones de algún quejoso: hay por



otra parte muchos que están representando á cada paso sobre lo mucho que no se hace y lo poco que se deshace; verdad es que no se cuida más de estas representaciones que de las teatrales; pero, ¿son ó no son representaciones? Cada español por otra parte representa un triste papel en el drama general, y toda nuestra patria misma está á dos dedos de representar el cuadro del hambre... Todo es, pues, pura representación; venirnos, pues, con la pregunta truhanesca de si estamos ó no en un sistema representativo, es burlarse de uno en sus barbas y preguntarle á un borracho si bebe vino. Desengáñate de una vez, y acaba de creer á pié juntillas, no sólo que vivimos bajo un régimen representativo, aunque te engañen las apariencias, sino que todo esto no es más que una pura representación, á la cual, para ser de todo punto igual á una del teatro, no le faltan más que los silbidos, los cuales, si se ha de creer en corazonadas y en síntomas y señales anteriores, no deben andar muy lejos, ni de hacerse esperar mucho, según la maretta sorda que se empieza ya á sentir.

Añades que no somos libres. Menos entiendo yo esto que lo otro. Gozamos de la más amplia libertad posible; y en esto te juro que hemos llegado á tal altura de tolerancia y despreocupación, que ninguna nación culta ni inculta rayó jamás tan alto. Y voy á darte la prueba. Suponte por un momento, aunque te pese hasta el figurártelo, que eres español. No te aflijas, que esto no es más que una suposición. Que eres español, y que dices para tu capote, por ejemplo: «Yo quiero ser carlista.» Enhorabuena: coges tu fusil y tu canana, y ancha Castilla; nadie te lo estorba; que te cansas de la facción y que te vas á tu casa, nadie te dice una palabra, con tal que tantas cuantas veces lo hagas, uses de la fórmula de decir que te acoges á algún indulto de los últimos que hayan salido, ó de los primeros que vayan á salir. Ya ves tú que esto no cuesta trabajo. Que te levantas un día de mal humor, y que conspiras como carlista, ó que te defiendes en tu cuartel á balazos ó con cualquiera otro medio inocente: vas á Filipinas y ves tierras, y siempre aprendes geografía.

Verdad es, que si como te había de dar por conspirar en favor de los diez años, te da por conspirar en favor de los tres, hay una diferencia, y es que entonces no necesitas salir al campo ni tirar un tiro para que te prendan, sino que te vienen á prender á tu misma casa, que es gran comodidad; pero, ami-



go, no se cogen truchas á bragas enjutas, y algo le ha de costar á uno ser liberal. Y luégo que eso te sucederá si eres tonto, porque nadie te manda ser liberal; tú puedes ser lo que te dé la gana. Añade á eso que libertad completa no la hay en el mundo, que eso es un disparate. Así es, que cuando yo digo que somos libres, no quiero yo decir por eso que podemos ser liberales á banderas desplegadas y salir diciendo por las calles: « ¡ Viva la libertad! » ú otros despropósitos de esta especie; ni que podemos dar en tierra con los empleados de Calomarde que quedan en su destino, lo cual tampoco sería justo, porque yo no creo que porque los haya empleado este ú aquel dejen por eso de necesitar un sueldo. ¡ Pobrecillos! Nada de eso: quiero decir, que podemos gritar en días solemnes: « ¡ Viva el Estatuto! » y podemos estarnos cada uno en su casa, y callar á todo siempre y cuando nos dé la gana. Si esto no es libertad, venga Dios y véalo. Lo mismo es esto que lo que acerca de la libertad de imprenta me añades. ¿ Y quién duda que tenemos libertad de imprenta? Que quieres imprimir una esquila de convite; más, una esquila de muerte; más todavía, una tarjeta con todo tu nombre y apellido, bien especificado?; nadie te lo estorba. Ahí verás cuán equivocados vivís, y cuán peligroso es creerse de los informes que da cualquiera. Que eres poeta, y que llega un día de su majestad y haces una oda?: allí puedes alabar todo lo que pasa, y puedes decir que todo va bien en buenos ó malos versos, que toda esa libertad te dejan. Y también puedes decirlo en prosa, y puedes no decirlo de ninguna manera, si eres hombre de sentido común, y nadie se mete contigo. Que quieres publicar un periódico? nada más fácil. Vas, y ¿ qué haces? Lo primero reunes seis mil reales de renta, que esto en España todos nacen con ellos, y si no, los encuentras á la vuelta de una esquina. Lo segundo, entregas veinte mil reales en depósito: que no los tienes?; también los encuentras al momento. Aquí todo el mundo te convida con una talega á primera vista. Y estos veinte mil reales son sagrados, como todos los depósitos, como los de Gremios, etc., etc. El día de mañana, ó al otro, por ejemplo, te los vuelven. Pides luégo tu licencia; que te la niegan, ó que no tienes las cualidades necesarias?... no publicas tu periódico. Y está muy bien, porque si no eres empleado de nombramiento real, ó no eres mayorazgo de seis mil reales de renta, ó no eres abogado del colegio, que es lo



que hay que ser en España, ¿qué has de publicar en tu periódico, sino tonterías y oscurantismo? Pero que eres apto, no por tus luces ó tu patriotismo, sino por tus reales ó tus pedimentos del colegio (de otra parte no), y que te dan tu licencia?: te ponen tu censor correspondiente, que te deja decir todo, por supuesto, y lluévete suscripción encima, porque eso sí, el país es amigo de leer, y es una viña para especulaciones, sobre todo literarias.

Rectifica, pues, amigo Silva, tus ideas con respecto á España, y cree no sólo que vivimos bajo un régimen representativo, sino que somos libres más que ninguna nación del mundo, y que tenemos amplia libertad de imprenta.

Una vez convencido de estas tres bases fundamentales, tratará de convencerte de esas otras menudísimas dudas que abrigas acerca de la prosperidad de la España, que no le va en zaga en nada á Portugal,—*El liberal de acá.*

*P. D.* La cuádruple alianza sigue produciendo saludables efectos.

## EL HOMBRE-GLOBO

---

LA física ha clasificado los cuerpos, según el estado en que los pone el mayor ó menor grado de calórico que contienen, en sólidos, líquidos y gaseosos. Así el agua es sólido en el estado de hielo, líquido en el de fluidez, y gas en el de la ebullición. Es ley general de los cuerpos la gravedad, ó la atracción que ejerce sobre ellos el centro común; es natural que esta atracción se ejerza más fuertemente en los que reúnen en menor espacio mayor cantidad de las moléculas que los componen; que estos por consiguiente tengan más gravedad específica, y ocupen el puesto más inmediato al centro. Así es, que en la escala de las posiciones de los cuerpos, los sólidos ocupan el puesto inferior, los líquidos el intermedio, y los gaseosos el superior. Una piedra busca el fondo de un río; un gas busca la parte superior de la atmósfera. Cada cuerpo está en continuo movimiento para obedecer á la ley que le obliga á buscar el puesto, variable, que co-



responde al grado de intensidad que adquiere ó que pierde. La nube, conforme se condensa, baja, y cuando se liquida, cae; este mismo cuerpo, puesto al fuego, se dilata, y cuando se evapora y se gasifica, sube.

No trato de instalar un curso de física, lo uno porque dudo si tengo la bastante para mí, y lo otro porque estoy persuadido de que mis lectores saben de ella más que yo; no hago más que sentar una base de dónde partir.

Igual clasificación á esta que ha hecho la ciencia de los fenómenos en los cuerpos en general, se puede hacer en los hombres en particular. Probemos.

Hay hombres sólidos, líquidos y gaseosos. El hombre sólido es ese hombre compacto, recogido, obtuso, que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana, de la cual no puede desprenderse jamás. Sólo el contacto de la tierra puede sostener su vida: es el Anteo moderno, y usando de un nombre atrevido, el *hombre-raíz*, el *hombre-patata*: arrancando el terrón que le cubre, deja de ser lo que es. Es el sólido de los sólidos. Toda la ausencia posible de calórico le mantiene en un estado tal de condensación, que ocupa en el espacio el menor sitio posible; gravita extraordinariamente; empuja casi hacia abajo el suelo que le sostiene; está con él en continua lucha, y le vence y le hunde. Le conocerán ustedes á legua: su frente achatada se inclina al suelo, su cuerpo está encorvado, su propio pelo le abrumba, sus ojos no tienen objeto fijo, ven sin mirar, y en consecuencia no ven nada claro. Cuando una causa, agena de él, le conmueve, produce un són confuso, bárbaro y profundo, como el de las masas enormes que se desprenden en el momento del deshielo en las regiones polares. Y como en la naturaleza no falta nunca, ni en el hielo, cierto grado de calórico, él también tiene su alma particular; es su grado de calórico; pero tan poca cosa, que no desprende luz; es un fuego fatuo entre otros fuegos fatuos; sirve para confundirle y extraviarle más; el *hombre-sólido*, por lo tanto en religión, en política, en todo, no ve más que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará; un caos de fanatismo, de credulidad, de errores. No es siquiera la linterna apagada; es la linterna que nunca se ha encendido, que jamás se encenderá: falta dentro el combustible. El *hombre-sólido* cubre la faz de la tierra; es la costra del mundo. Es la base de la humanidad, del edificio social. Como la



tierra sostiene todos los demás cuerpos, á los cuales impide que se precipiten al centro, así el *hombre-sólido* sostiene á los demás que se mantienen sobre él. De esta especie sale el esclavo, el criado, el sér abyecto; en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No raciociña, no obra, sino sirve. Sin *hombres-sólidos* no habría tiranos; y como aquellos son eternos, estos no tendrán fin. Es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo, á quien se fascina, sobre el cual se pisa, se anda, se sube: cava, suda, sufre. Alguna vez se levanta, y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto. Entonces dicen que abre los ojos. Es un error. Tanto valdría llamar ojos de la tierra á las grietas que produce un volcán. Ni más ni menos que una piedra, no se mueve de su sitio si no le dan un empellón; de la aldea donde nació (si es que el *hombre-sólido* nace; yo creo que al nacer no hace más que variar de forma); del café donde le pusieron á servir sorbetes; del callejón donde limpia botas; del buque donde carga las velas ó les toma rizos; del regimiento donde dispara tiros; de la cocina donde adereza manjares; de la esquina donde carga baúles; de la calle donde barre escorias; de la máquina donde teje medias; del molino donde hace harina; de la reja con que separa terrones. Es el primer instrumento adherido siempre á los demás instrumentos.

El *hombre-líquido* fluye, corre, varía de posición; vuela á ocupar el vacío, tiene ya mayor grado de calórico; serpentea de continuo encima del *hombre-sólido*, y le moja, le gasta, le corroe, le arrastra, le vuelca, le ahoga. En momentos de revolución él es el empujado; pero se amontona, sale de su cauce, y como el torrente que arrastra árboles y piedras, lo trastorna todo aumentando su propia fuerza con las masas de *hombre-sólido* que lleva consigo. Pero así como el torrente no sabe la fuerza que le impele, ni si hace al correr daño ó provecho, así el *hombre-líquido* al moverse no es más que un instrumento menos imperfecto, que subleva instrumentos más ignorantes; pero lleno ya de pretensiones, mete ruido, desafía al cielo, enuncia una voz, produce eco. Esta es una diferencia esencial del sólido al líquido para nuestro asunto; la piedra no suena sino cuando la impelen á rodar; el agua murmura sólo corriendo y existiendo. La clase media de la humanidad, así también va siempre murmurando. Un golpe dado en un cuerpo sólido le arranca un pedazo; el golpe dado



ya en el líquido encuentra resistencia, produce ondas, imprime movimiento. He aquí otra observación. El golpe dado al pueblo simplemente es sólo perjudicial para él: el que se da en la clase media suele salpicar al que le da.

El *hombre-líquido* tiene un alma menos compacta, y en ella más grados de calórico, pero alma de imitación; como todo líquido, remeda al momento la forma del vaso donde está; en pequeña cantidad se le da la figura que se quiere, en gran porción toma la que puede. El *hombre-líquido* es la clase media; le conocerán ustedes también al momento; su movimiento continuo le delata; pasa de un empleo á otro, va á ocupar los vacíos de las vacantes: hoy en una provincia, mañana en otra, pasado en la corte; pero por fin, como todo líquido, encuentra el mar, donde se pára y se encarcela; no les es dado correr más. Hoy es arroyo, mañana río caudaloso. Igual. Hoy es meritorio, mañana escribiente, pasado oficial; su instinto es crecer, rara vez separarse del suelo; si se alza momentáneamente, vuelve á caer.

Dada una idea rápida y general del *hombre-sólido* y del *hombre-líquido*, pasemos al objeto de nuestro artículo, al *hombre-gas*. De las dos especies referidas está lleno el mundo; no se ve otra cosa. Pero como para la formación de la tercera se necesita un grado altísimo de calórico, hay regiones enteras que carecen del suficiente para formarla.

He aquí nuestra desgracia; siguiendo el camino que nos señala nuestra nueva metafísica, estamos, por ahora, en las regiones árticas del pensamiento. Lo probaré.

El *hombre-gas*, llegado á adquirir la competente dilatación, se alza por sí solo donde quiera que está, y se sobrepone á ocupar el puesto que le corresponde en la escala de los cuerpos; llega hasta la altura que su intensidad le permite, y se detiene en ella; no hay obstáculos para él, porque si pudiera haberlos, rompería, como el vapor, la caldera, y escaparía. Ponedle en una aldea: él vencerá la distancia y llegará á la capital; tirará el arado; pondrá un pié en el *hombre-sólido*, otro en el *líquido*, y una vez arriba: «Yo mando, excluiré, no obedezco.» Tales son las leyes de la naturaleza. Una vez comprendido este principio general de física, mis lectores conocerán al *hombre-gas* á primera vista. Su frente es altiva, sus ojos de águila, su fuerza irresistible, su movimiento el del tapón de una botella de Champagne. Pero para dar al gas



una forma no hay más medio que el de encerrarle en un continente que la tenga. Nada, pues, más natural que el que demos á esta especie el nombre de *hombre-globo*: sólo así podemos hacerle perceptible á nuestros sentidos.

De todos nuestros lectores es conocida la historia de los globos desde las primeras mongolfieras hasta el último experimento de la dirección, emprendido y malogrado últimamente en París: todos saben que hay gases de gases, y que los hay específicamente más ligeros que otros; pero no todos se habrán parado á considerar detenidamente hasta qué punto podemos vanagloriarnos en nuestro país de la perfección de los gases que artificialmente necesitamos producir para nuestras ascensiones. Yo creo que nuestra vanidad no debe hacernos perder la cabeza, si queremos reparar en su equívoca calidad.

Es claro que en tiempos pasados la atmósfera en que podía elevarse el *hombre-globo* entre nosotros era sumamente limitada: los que más se habían podido separar del suelo habían hecho consistir todo su esfuerzo en llegar á los escalones del trono, y si un *hombre-globo* llegaba á ser entonces ministro, había hecho toda la ascensión que se podía de él esperar: uno solo conocieron nuestros físicos más experimentados que consiguió remontarse en aquella época hasta las más altas cornisas del coronamiento del real palacio; pero sea por falta de dirección una vez en el aire, sea por haber calculado mal la intensidad de su gas, una ráfaga violenta bastó para romper el globo, y el aire se lo llevó hasta caer todo agujereado á orillas del Tíber, donde yace todavía mal parado: culpa acaso también de no haber hecho uso de para-caídas, aunque, como dice muy bien don Simplicio de Bobadilla, *para-caídas no hay como un globo roto*.

Pero cuando posteriormente se han visto en casi todos los países elevarse muchos á alturas desmesuradas, y mantenerse más ó menos tiempo en ellas, no se concibe nuestra casi total ausencia de *hombres-globos* que se elevan verdaderamente, sino atribuyéndolo á desgracia del país mismo. Los Estados-Unidos tuvieron un *hombre-globo* que subió cuánto pudo, y manejando diestramente su válvula, descendió cómo y cuándo le plugo; de Francia hicieron mil su ascensión, que están todavía en altura, haciendo la admiración de los espectadores; la Suecia mira uno en su pináculo todavía; y si el mayor de



todos fué á parar hasta Santa Elena, es preciso confesar que hay descensos gloriosos, como retiradas honrosas.

Ahora bien, observemos al *hombre-globo* en nuestro país. El año 8 empezaron á quererse henchir multitud de mongolfieras; pero estábamos indudablemente al principio de la invención, y no debieron de tener gas mejor que el humo de paja, porque los unos dieron al traste con su globo en el estrecho, los otros quisieron sostenerse en tierra firme; pero han ido poco á poco deshinchándose, y una ráfaga ha acabado con unos, otra con otros.

El año 20 quisieron repetir el experimento; pero por lo visto no habían aprendido nada nuevo: no contaron nuestros *hombres-globos* con el aire del norte, que los envolvió, pegó fuego á unos que cayeron miserablemente donde pudieron, y arrebató á otros á caer de golpe y porrazo en países remotos y extranjeros. Raro fué el que cayó suavemente. Pero adelante positivo para la ciencia no hubo ninguno.

He aquí sin embargo á nuestros *hombres-globos* probando de nuevo otra ascensión; pero escarmentados ya nuestros antiguos y derretidos Icaros, tienen miedo hasta al gas que los ha de levantar: y en una palabra, nosotros no vemos que suban más alto que subió Rozzo. Para nosotros todos son Rozzos.

Veán ustedes sin embargo al *hombre-globo* con todos sus caracteres. ¡Qué ruido antes! «¡La ascensión! Va á subir. ¡Ahora, ahora sí va á subir!» Gran fama, gran prestigio. Se les arma el globo; se les confía: ved cómo se hinchen. ¿Quién dudará de su suficiencia? Pero, como casi todos nuestros globos, mientras están abajo entre nosotros asombra su grandeza, y su aparato y su fama. Pero conforme se van elevando, se les va viendo más pequeños; á la altura apenas de Palacio, que no es grande altura, ya se les ve tamaños como avellanas, ya el *hombre-globo* no es nada: un poco de humo, una gran tela, pero vacía, y por supuesto, en llegando arriba, no hay dirección. ¡Es posible que nadie descubra el modo de dar dirección á este globo!

Entre tanto el *hombre-globo* hace unos cuantos esfuerzos en el aire, un viento le lleva aquí, otro allá, descarga lastre... ¡inútiles afanes! al fin viene al suelo: sólo observo que están ya más duchos en el uso del para-caídas: todos caen blandamente, y no lejos: los que más se apartan van á caer al Buen-Retiro.



Pero, señor, me dirán, ¿y ha de ser siempre esto así? ¿No les basta á esos hombres de experiencias? ¿Serán ellos los últimos que se desengañen de sí mismos?

He ahí una respuesta que yo no sabré dar. Yo no veo la ciencia desesperada; creo que acaso habrá por ahí escondidos otros *hombres-globos*; pero si los hay, ¿por qué no obedecen á las leyes de la naturaleza? Si su gas tiene más intensidad, ¿cómo no se elevan por sí solos, cómo no se sobrepone á los otros?

Esta investigación me conduciría muy lejos. Mi objeto no ha sido más que pintar el *hombre-globo* de nuestro país: un artículo de física no puede ser largo: si fuera de política sería otra cosa. Haré mi última deducción, y concluiré: los Rozos, que hasta ahora han hecho pinitos á nuestra vista, parece que ya se han elevado cuanto elevarse pueden. ¡Otros al puesto, experimentos nuevos! Si por el camino trillado nada se ha hecho, camino nuevo.

Esto la razón sola lo indica. Si hay un *hombre-globo*, que salga, y le daremos las gracias; mas cuenta con engañarse en sus fuerzas: recuerde que primero hay que subir, y luego hay que dar dirección; y como dice Quevedo, «ascender á rodar es desatino; y el que descende de la cumbre, ataja,» observe que puede sucederle lo que á los demás, que conforme se vaya elevando se vaya viendo más pequeño. Si no le hay, lastimoso es decirlo, pero aparejemos el *para-caídas*.

## C U A S I

PESADILLA POLÍTICA

**H**AY hombres que dan su nombre á su siglo, hombres privilegiados que, calculada la fuerza de cuanto los rodea, y la suya propia, saben hacer á la primera tributaria de la segunda: que se constituyen maniveles de la gran máquina en que los demás no saben ser más que ruedas. Dan el impulso, y su siglo obedece. Hombres fascinadores,



como la serpiente, que hacen entrar cuánto miran en la periferie de su atmósfera; hombres reverberos, cuya luz se proyecta toda al exterior sobre los demás objetos y les da vida y color. Son los grandes mojones que el Criador coloca á trechos en la creación para recordarle su origen: por ellos se ha dicho sin duda que Dios ha hecho el hombre á su semejanza.

¡Sesostris, Alejandro, Augusto, Atila, Mahoma, Tamurbec, León X, Luís XIV, Napoleón!!! ¡Dioses en la tierra! Sus épocas participaron de su energía y de su grandeza: en derredor suyo y á su ejemplo se produjeron, á modo de emanaciones de ellos, multitud de hombres notables, que recorrieron como satélites su misma carrera. Después de ellos, nada. Después del coloso, los enanos.

Actualmente empezamos á dejar atrás una época que tendrá nombre; el último hombre reverbero ha desaparecido. Después del hombre grande, todo hombre es chico. Uno solo falta, y se necesitan cien mil para llenar su vacío. ¡Y aún!!! Espirado el reino del hombre entran los hombres. Agotados los hechos nacen las palabras.

¡Si habrá épocas de palabras, como las hay de hombres y de hechos! ¡Si estaremos en la época de las palabras!

Acababa de hacer estas reflexiones, cuando sentí sobre mí algo más fuerte que yo; oí sin ver, y mudé de sitio sin andar.

—Ven conmigo, dame la mano. ¿Ves esa mancha enorme que se extiende sobre la tierra, y crece y se desparrama como la gota de aceite que ha caído en el papel de estraza? Es la segunda Babel. Estás sobre París. Mira los mortales de todos los países. Cada cual se apresura á traer aquí una piedra para contribuir al loco edificio. ¿No oyes ya la confusión de las lenguas? El inglés, el alemán, el español, el italiano, el... ¡Babel la nueva! Empiezan á no entenderse. Ya en una ocasión se han tirado unos á otros á la cabeza los materiales de la grande obra: el suelo ha salido de madre como un río de su álveo: las casas se han desmoronado,.. era el amago de la confusión, de la no inteligencia. ¡Una cadena nos pesa! dijeron: y en vez de añadir: ¡Fuera cadena! clamaron: ¡Otra que no pese! ¿*Risum teneatis*? El lobo los comía, y en lugar de comerse ellos al lobo, se comieron unos á otros. Raro modo de entenderse. Corrió la sangre, y hoy están como estaban.



Sube á lo más alto, y oirás el ruido inmenso, el ruido del siglo y de sus palabras, y oirás sobre todas ellas la gran palabra, la palabra del siglo.

—Lo que veo es los hombres muy pequeños; pero la distancia sin duda...

—¡Bahl de aquí no se ve más que la verdad. ¿Los ves pequeños? Ahora es únicamente cuando los ves como ellos son. De cerca la ilusión óptica (ésta es la verdadera física) te los hace parecer mayores. Pero advierte que esas figuras que semejan hombres y que ves bullir, empujarse, oprimirse, retorcerse, cruzarse y sobreponerse, formando grupos de vida como los gusanos producidos por un queso de Roquefort, no son hombres tales, sino palabras. ¿No oyes el ruido que se exhala de ellos?

—¡ Ah !

—Palabras del derecho, palabras del revés, palabras simples, palabras dobles, palabras contrahechas, palabras mudas, palabras elocuentes, palabras-monstruos. Es el mundo. Donde veas un hombre, acostúmbrate á no ver más que una palabra. No hay otra cosa. No precisamente á palabra por barba; tampoco. Despacio. Á veces en uno verás muchas palabras, tantas, que aquel solo te parecerá cien hombres; en cambio otras veces, y será lo más común, donde creas ver cien mil hombres, no habrá más que una palabra.

Mira las palabras de dos caras, palabras-bifrontes, Janos: son las palabras de honor, llamadas así por apodo; según te necesiten, las verás del bueno ó del mal frente. Á su lado las *palabras-promesas*, *palabras-manifiestos*, regularmente coronadas, siempre escuchadas y creídas, pero tan ambiláteras como las otras; *palabras-callos*, endurecidas, incorregibles, que han de arrancarse de raíz si han de dejar de doler.

¿Ves esa multitud de figurillas que se agitan, se muerden, se baten, se matan...? Todo eso es la palabra *Honor*. ¿Ves ese sin número, muchedumbre armada, toda erizada y hostil? Lo llamáis ejército, y no es más que *ambición*: *palabra-monstruo*, *palabra-puerco-espín*, llena de púas: *palabra-porcebe*, toda patas y manos. Mira qué de furiosos; teas encendidas, sangre, saqueo, confusión: todo ese ruido son nueve letras: *fanatismo*, *palabra-loco de atar*; sin embargo, nadie le ata.

¡ Ah ! Aquí viene la *palabra-arlequín*, la *palabra-camaleón*. ¡Qué de faces, qué soltura! todos corren tras ella: inútil-



mente. Mira cómo la quiere coger la *palabra-pueblo*, gran palabra. La primera tiene ocho letras, *libertad*. Siempre que el *pueblo* va á cogerla, se mete entre las dos la *palabra-promesa*, la *palabra-manifiesto*; pero la *palabra-pueblo* es de las que llamé palabras-contrashechas; ciega, sordo-muda, se deja guiar é interpretar, sin hacer más que dar de cuando en cuando palo de ciego: como no ve, da ciento en la herradura, y ninguna en el clavo: por lo regular se da á sí misma.

Pero todo ese vano ruido se apaga y se confunde. ¡Sitio, sitio! ¡Plaza, plaza! La gran palabra, la nuestra, la de nuestra época, que lo coge y lo atruena todo. En ella se cifra nuestro siglo de medias tintas, de medianías, de cosas á medio hacer: de todas las palabras que reinan en figura de hombres y cosas por allá bajo, ésta es en el día la que reina sobre todas. *Cuasi*. Ese es todo el siglo XIX. Obsérvala: á cada una de sus facciones le falta algo; no es más que un perfil: ni está de pié, ni sentada. Vestida de blanco y negro, día y noche. Más breve: *palabra-cuasi*, *cuasi-palabra*.

Empecemos por aquí. Mira al suelo perpendicularmente. Á tus piés está la Francia. Un pueblo *cuasi-libre* la ocupa. En otro siglo hubiera hecho una revolución entera: en éste, y en su año 30, no ha podido hacer más que una *cuasi* revolución, en el trono un *cuasi*-rey, que representa una *cuasi*-legitimidad. Una cámara *cuasi*-nacional, que sufre en el país de nuevo una *cuasi*-censura, *cuasi*-abolida, por la *cuasi*-revolución; un rey *cuasi* asesinado: una gran nación *cuasi*-descontenta, y otra conmoción política *cuasi*-próxima.

¿Qué ves en Bélgica? Un estado *cuasi*-naciente y *cuasi* dependiente de sus vecinos, mandado por otro *cuasi*-rey.

Mira la Italia. Tantos estados *cuasi*, como ciudades: *cuasi* presa del Austria. La antigua Venecia *cuasi* olvidada. Un Supremo pontífice, en el día *cuasi* pobre, y del cual *cuasi* nadie hace caso.

Vuélvete al Norte. Pueblos *cuasi* bárbaros, regidos por un emperador *cuasi* déspota en un país *cuasi* despoblado y desierto. En Alemania los pueblos *cuasi* más civilizados con un Gobierno *cuasi* absoluto, *cuasi* temperado por sus dietas, instituciones *cuasi* representativas. En Holanda, nación *cuasi* toda mercantil y navegante, un rey *cuasi* rabioso, y cuyo poder *cuasi* se desmorona.

En Constantinopla mismo, un imperio *cuasi* agonizante,



una civilización *cuasi* naciente, y un sultán *cuasi* ilustrado, con costumbres *cuasi* europeas.

En Inglaterra, una industria y un comercio, monopolio *cuasi* del mundo: un orgullo nacional *cuasi* insufrible; y otro *cuasi* rey que no decide *cuasi* nada, una mayoría *cuasi* whig. Un Gobierno *cuasi* oligárquico, que tiene la audacia de llamarse liberal.

En Portugal, una *cuasi* nación, con una lengua *cuasi* castellana y recuerdos de una grandeza *cuasi* borrada. Un *cuasi* ejército, y una *cuasi* protección á España, de *cuasi* seis mil hombres, *cuasi* todos portugueses.

En España, primera de las dos naciones de la Península (es decir, de la *cuasi-insula*, unas *cuasi* instituciones reconocidas por *cuasi* toda la nación: una *cuasi-Vendée* en las provincias con un jefe *cuasi* imbécil: conmociones aquí y allí *cuasi* parciales: un odio *cuasi* general á unos *cuasi* hombres, que *cuasi* sólo existen ya en España. *Cuasi* siempre regida por un Gobierno de *cuasi* medidas. Una esperanza *cuasi* segura de ser *cuasi* libres algún día. Por desgracia, muchos hombres *cuasi* ineptos. Una *cuasi* ilustración repartida por todas partes. Una *cuasi* intervención, resultado de un *cuasi* tratado, *cuasi* olvidado, con naciones *cuasi* aliadas. El *cuasi* en fin en las cosas más pequeñas. Canales no acabados: teatro empezado; palacio sin concluir: museo incompleto: hospital fragmento; todo á medio hacer... hasta en los edificios el *cuasi*.

Por último, tiende la vista por do quiera: una lucha *cuasi* eterna en Europa de dos principios, reyes y pueblos, y el *cuasi* triunfante de ella y resolviéndola con su justo medio de tener *cuasi* reyes y *cuasi* pueblos. Época de transición, y gobiernos de transición y transacción: representaciones *cuasi* nacionales, déspotas *cuasi* populares: por todas partes un justo medio, que no es otra cosa que un gran *cuasi* mal disfrazado.

—¡ Oh! dejadme respirar, por Dios; estoy *cuasi* mareado.

—Plutarco ha dicho que los pueblos serían felices *cum re- ges philosopharentur, aut cum philosophi regnarent*. Respetando la opinión de Plutarco, yo me atrevería á decir que los pueblos no serán nunca felices, ni más ni menos que los individuos que los componen. Pero pudieran al menos ser hombres y ser pueblos si no fueran en el día *cuasi-nada*. Luchando entre principios contrarios, sufren el tormento del que des-



cuartizan cuatro caballos que corren en direcciones opuestas.

Concluído este *cuasi*-sermón, cesé de oír: y á poco cesé de ver: dejado de la mano del sér fantástico que me sostenía sobre Babel la nueva, volví á caer en París, donde me encontré rodando entre la confusión de palabras vestidas de frac y de sombrero, que á pié y en coche corren las calles de la gran capital. Volví á ver los hombres de nuevo, grandes como no son; y abrí los ojos buscando mi cicerone.

No ví nada, sino el gran *cuasi* por todas partes.

## FÍGARO DE VUELTA

### CARTA Á UN SU AMIGO RESIDENTE EN PARÍS

Puesto que ni comisión ni objeto mercantil me llamasen á los países extranjeros, quise visitarlos sólo por gusto, ó comodidad, á expensas propias y campando por mi respeto.

CURIOSO PARLANTE. Panorama matriense. *La vuelta de París.*

*Madrid, 3 de Enero de 1836.*

**S**E vuelve á España desde París, querido amigo: es cosa probada, y, lo que es más, es cosa buena. Ni soy yo solo quien ha llevado á cabo tan ardua empresa. Loco estoy del gozo y del contento. Digan lo que quieran acerca de la superioridad de estos países, la patria es para un español más necesaria que una iglesia: ya sabes que á la vuelta de cada esquina se encuentran todavía una ó dos en nuestro país, pues se tropiezan por las calles aún más gentes que han vuelto de París. Por lo que hace á mí, no me queda la menor duda de que estoy de vuelta. Después de darme por ello el parabién, es mi primer cuidado el escribirte.

¿No lo podías creer? ¿Eh? ¿Á qué has de volver, decías? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿En qué? Despacio con tantas preguntas.

¿Á qué he de volver? Á mis antiguas mañas, amigo mío. Te confieso que no lo puedo remediar. ¡Diez meses sin mur-



murar! ¿Fígaro diez meses sin curiosear los enredos de su barrio, sin hacer la oposición á nadie, sin criticar á cómico viviente, sin probar un buen garbanzo, sin tomar una mediana jícara de legítimo chocolate, ni ver el sol de Castilla? ¿Fígaro diez meses sin divisar una mantilla madrileña, ni una palidez valenciana ni un solo pié andaluz? ¿Un año casi sin pararse en la Puerta del Sol, ni en otra puerta alguna, embozado en la *nube* (1), sin ir al café del Príncipe, sin asistir á una sesión del Estamento; diez meses, en fin, sin ver una real orden, ni columbrar un prócer? Eso es morir, amigo, la vida que ustedes hacen. ¿Qué á mí tanta ciencia y tanta industria, tanto progreso, tanto teatro y tanto camino de hierro? Hombres hay aquí que tienen ciencia, y la mayor por cierto, la ciencia del vivir, y la de hablar después de vivir; hombres que no pudieron llegar á saber en todo un París ganar un real y que han hallado en Madrid á un dos por tres con qué pasar una real vida. Y no te figures, no sirviendo y adulando á los demás, sino mandándolos y haciéndose de ellos adular y servir. ¿Qué más ciencia, ni qué más industria? Si es por progreso, amigo, esto va que vuela. Si por teatro, ¿dónde más cosas que parezcan lo que realmente no son? ¿Dónde hay nada más parecido á un Gobierno representativo que el que rige felizmente á España en nuestros días? ¿Dónde hay telón que se parezca á un árbol, ni cómico que más se asemeje á un príncipe, más que lo que se parece un estatuto á una constitución? Pues, Dios mediante, han de parecerse aún más. En punto á camino de hierro, ¿de qué otra materia parece hecho el durísimo por donde, á más no poder, venimos caminando desde que salimos há dos años de la Granja, que todo ese tiempo hemos necesitado para volver otra vez á doña María de Aragón (2)?

¿Por qué me había de volver? Por la misma razón, amigo mío, que de aquí me fuí: y por la misma idéntica que me forzó toda mi vida á mudar de continuo casa y domicilio; por la misma que me vió pasar en otros tiempos del *Hablador* á *La Revista*, de *La Revista* al *Observador*, de los periódicos á la escena, de las comedias á las novelas; por esta venturosa or-

---

(1) En gitano la capa.

(2) Hoy local del Estamento de Próceres: en tiempo de la constitución de las Cortes.



ganización que para variar me dió la naturaleza, y que en el número 94 de *La Revista* me hacía escribir :

«La necesidad de viajar y de variar de objetos... logró hacer de mí el sér más veleidoso que ha nacido... Esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque sólo se puede soportar á las gentes los quince primeros días que se las conoce... Si alguna cosa hay que no me canse es el vivir, y si he de decir la verdad, consiste esto en que á fuerza de meditar, he venido á conocer que sólo viviendo podré seguir variando... Nadie, pues, más feliz que yo ; porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir á la Meca.»

¿*Para qué?* Para escribir, ahora que la libertad de imprenta anda ya en España en proyecto. ¡Y qué proyecto! Tal y tan bueno, que acerca de él sólo he de escribirte una gran carta, por no caber en ésta los muchos y francos encomios con que le pienso glosar y comentar. ¡Yo, que de Calomarde acá rabio por escribir con libertad, no había de haber vuelto aunque no hubiera sido sino para echar del cuerpo lo mucho que en estos años se me quedó en él, sin contar con lo mucho con que se quedaron los censores, que rejalgan se les vuelva! Viniera yo cien veces, aunque no fuera sino para hablar, y volverme.

¿*Cómo*, me decías, *por dónde*, *en qué?* Á tales preguntas contestara sobradamente la relación de mi viaje, si estuviera más despacio. No niego que el *por dónde* me apuraba. El camino de Vizcaya no está para todo el mundo, sobre todo desde que anda por él *un faccioso más* ; que aunque no es más que uno, como ha dicho muy bien álguien, debe de ser sin duda tan grande que le ocupa todo. Bueno era no hace mucho en defecto de ese el de Cataluña ; pero de poco tiempo á esta parte hay también en él algunos facciosos más y algunas diligencias menos. Bien me decían que el de Olerón era incómodo ; pero ¿ qué remedio? Volver por Portugal, como había ido, ni era lo más derecho, ni menos para mi carácter versátil ; además de que hay países que no son para vistos dos veces ; y aunque álguien me incitaba á tomar con el vapor del Mediterráneo la vía de Marsella, Argel, Cádiz y Sevilla, eso de volver á España por Argel, más lo tuve yo por pulla y atrevida, que por consejo razonable.

Víneme, pues, por Olerón, adonde no creí llegar por entre



tantos gendarmes como andan por la frontera, defendiendo el paso á los carlistas para la facción. Como yo no tengo traza de príncipe, ni me parezco á don Carlos, ni á don Sebastián, como no traía conmigo ni armamento, ni municiones, ni caballos, me costó mucho trabajo introducirme en España.

Los Pirineos, esos montes que no existen desde la cuádruple alianza, esas barreras que allanó para siempre entre Francia y España nuestro ministerio del justo medio, se pasan sin embargo á caballo en un mulo, ó, por mejor decir, en compañía de un mulo, á lo cual llaman *diligencia de Zaragoza á Olerón*; sin que yo haya podido dar con la verdadera causa de esta denominación en dos largos días que con dicho mulo viví, solo con él en aquellos vericuetos, considerándole yo á él, y considerándome él á mí. Era tanto el hielo y tan malo el paso, que no sé decirte quién llevaba á quién.

Posteriormente he oído hablar mucho en el Estamento, y aun por todo Madrid, de aduanas. Hombres eminentes hay que aseguran ser las tales un gran recurso para el Estado, y todos por aquí están creídos, hasta el Gobierno, de que tenemos una en la frontera: se dice que está en Canfranc. Así debe de ser. Lo cierto es que cuando yo pasé, la tal aduana habría salido á dar una vuelta con el cura y el cirujano del pueblo, porque nunca la ví, ni ella vió jamás mis baúles. Lo que sí ví fué varios carabineros, con quienes contraí relaciones de dinero; pero de peseta en peseta me ví á lo mejor en Madrid, en donde ya no sirve para no ser registrado dar una peseta, sino que es preciso dar dos por ser la capital, y á casa luégo con el contrabando. Yo no lo traía casualmente, que lo sentí; pero te juro que el ramo está perfectamente organizado para él que lo quiera traer. Esto te lo digo por si te vienes. Tráete medio París en la maleta, y no vayas á creer al pié de la letra, como yo, que todo está reformado, y que andan todos derechos, aunque lo veas impreso, porque oficio es nuestro imprimir, y no ignoras que los periodistas el día que no imprimimos no comemos. De todos modos, hagas uso ó no del aviso, bueno es que esto quede entre los dos.

Te acordarás que en principios de Agosto remití á *La Revista* un artículo, en que, presumiendo á fuer de Figaro lo que iba á suceder, encomendaba á nuestro buen Gobierno de entonces que se recogiesen con tiempo las riquezas artísticas encerradas en las conventos; imprimióse en efecto, aunque



mal parado por algún benigno censor. No habrás olvidado que á pocos días, por una rara coincidencia sin duda, pareció una real orden en *La Gaceta* dando providencia en el particular. Parece que se nombraron efectivamente comisionados por aquí y por allí, con sus dietas correspondientes, para la colección y resguardo de aquellos objetos: la cosa se ha llevado tan á punta de lanza, y con tal celo, que yo mismo ví y toqué, no muy lejos de Madrid, objetos de esos, que paran en casa de quien los ha querido tomar. Códices viejos por ejemplo, manuscritos, ediciones raras de obras antiguas y otras bagatelas. ¿Para qué quiere el Gobierno esas tontorías? ¡librotos de los frailes! ¡*chucherías de las madres!*

La quinta se ha realizado con entusiasmo indecible; y pues viene á cuento, te he de contar otra cosa que debe influir mucho en el buen espíritu de los pueblos, y en especial de la tropa. En cierto pueblo, no lejos de esta corte, me hallaba yo casualmente no há muchos días cuando acertaron á pasar los quintos que venían de Extremadura. ¡Qué bien se trata á la tropa! ¡Qué bien á esos dignos labradores que dejan su arado para defender nuestros empleos con su sangre! ¡Á no estar ya en una época en que se reconoce la dignidad del hombre! ¡Yo mismo ví también á un oficial asentar su mano fuertemente sobre la mejilla de un quinto, y yo ví á un cabo medir á otro con su vara, insignia por cierto militar! Y esto á la faz del pueblo, y en medio de la plaza pública, y en día de sol claro. Con todo, si ese hombre se insolenta irá al cepo; si deserta, al palo, y si pasa á la facción le llamaremos *caribe*. Ya ves que se van corrigiendo los abusos.

Hace pocos días que se concedió el título de ilustrísimos señores á no sé qué individuos de no sé qué corporación, consejo ó tribunal: esto es indiferente; lo que importa es el dictadillo. Estas distinciones hacen gran falta en España; señorías, excelencias, etc., etc.; esto siempre es bueno, porque establece diferencias entre los hombres, que es á lo que vamos. Bien se te alcanza que difícilmente puede tener mérito un hombre, mientras todo advenedizo le puede llamar de *usted*. Esto está en el espíritu de la regeneración que estamos llevando á cabo.

Todavía hay Estamento de próceres: y tienen sus sesiones corrientes: te lo digo porque me acuerdo de que cuando yo estaba en París había llegado á olvidarlo.



En el de procuradores ya se ha contestado al discurso de la corona ; se asegura que para dentro de un par de meses ya podrán reunirse las otras Cortes, quién dice *revisoras*, quién *constituyentes*. Lo primero es lo más general, lo segundo es lo más cierto ; pero si en mes y medio sólo se ha votado uno de los proyectos, ¿cuántos más se habrán votado en Marzo ? Es verdad que se habla mucho. Ya tiene el Gobierno ganado el voto de confianza por unanimidad, como quien dice, porque sólo el señor Pardiñas votó en contra. Por fin habló el señor conde de Toreno por primera vez después de su advenimiento á la oposición : habló como si no hubiera sido ministro. El señor Martínez de la Rosa dijo mil cosas sobre la alquimia y otras bagatelas. Éste habló como si fuera ministro todavía. Y no te digo más porque no lo son ya ni uno ni otro.

Por lo que hace al Gobierno, te sabré decir que hasta ahora caminamos de milagro en milagro. En el ministerio se cuentan tres personas distintas, pero que en realidad no componen más que un solo ministro verdadero: dicen sus enemigos que no le falta más que hablar ; de todas suertes, no se le puede negar á este ministerio que *promete*. ¡ Así cumpla ! Eso es lo que veremos. Tal cual ha empezado, confieso que si en mi organización cupiera ser alguna vez ministerial, se me había presentado una bonita ocasión ; pero ya sabes que nunca pretendí ni obtuve nada de Gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años. Todo lo más á que podía extenderse mi ministerialismo siempre que por alguna casualidad diéramos con un buen ministerio, sería alabar lo bueno que hiciera con la misma independencia con que siempre gusté de criticar lo malo.

Á propósito, no quisiera que se me olvidase. ¿ Querrás creer que á mi llegada á esta corte me encontré con personas que suponían que mi viaje había sido costeado por el Gobierno ? Todavía me estoy riendo de la idea. ¿ Tú no lo sabías ? Ni yo tampoco. Pero en este Madrid todo se sabe. Por otra parte, cuando uno va á París, es claro que no puede ser sino con algún empleo, ó con fondos del Gobierno. ¿ Qué fondos particulares bastarían para llegar á París ? Ni yo tengo cara tampoco de ir á París por mi gusto. Esto es claro como la luz del día. ¡ Qué penetración ! ¡ Dios los bendiga !

Mas ya echo de ver que esto es un tanto largo para carta, y



un si es no es corto para folleto; á no contarte cosas que parecieran mejor secretas, había de hacer de ello un artículo de periódico, porque es bueno que sepas que llevado de mi comezón de escribir y de mi versatilidad, no bien hube llegado á Madrid cuando me eché á buscar un papel público en donde fabricar mi nido para lo que falta de invierno. Queríale grande empero, y donde cupiese yo todo, que no cabía el año pasado en Madrid; largo, ancho, desahogado, como lo había imaginado mil veces para tanto como tengo aún que decir. Empezábame ya á desesperar, cuando he aquí que de pronto surge de la calle de las Rejas *El Español*, tamaño como por el adjunto verás. Yo, que á imitación del borracho del cuento, aguardaba mi casa para meterme en ella: «*Este es,*» exclamé en cuanto le ví

• Extenderse, crecer, tocar al cielo, »

y metíme de rondón en él, donde quedo, para servirte, imaginando á toda prisa artículos de teatro, literatura y costumbres, maligno un tanto y siempre independiente; mas sin nunca entrometerme en lo de vidas privadas, censurando las cosas, no á los hombres, procurando hermanar con mi poca ó mucha hiel el respeto que en sociedad nos debemos los unos á los otros, amigo de mis amigos, y por demás agradecido al público que sufre mis habladurías. He aquí mi profesión de fe.—Tuyo siempre.—*Fígaro*.

*P. D.* Á la salida del correo queda hablando en el Estamento de señores procuradores desde ayer el señor Perpiñá; el correo siguiente te diré el fin de la sesión, si ha acabado.

---



## BUENAS NOCHES

*Segunda carta de Fígaro á su corresponsal en París, acerca de la disolución de las cortes, y de otras varias cosas del día*

Buona sera, don Basilio,  
Presto andate á riposar.

*Il Barbieri di Siviglia.*

*Madrid, 30 de Enero de 1836.*

C
 ON fecha del 3 te escribí mi primera carta, querido amigo, dándote aviso de mi llegada á esta corte, y ando no poco inquieto con la suerte de la tal carta (á que no he recibido contestación), porque á la mañana siguiente del día en que te la escribí, y cuando yo presumía que podría estar ya por lo menos en Ariza, ¿dónde dirás que me la encontré? La encontré ni más ni menos en *El Español*, mal que bien encajonada, entre las *sesiones* y los *cambios*, que entonces ambas cosas existían todavía; no había hecho más camino que de la calle del Caballero de Gracia á la de las Rejas. Como andan las cosas tan trocadas, imaginé desde luégo que habría participado ya mi naturaleza de esta atmósfera que respiramos, y que habría enviado al *Español* mi carta en vez del primer artículo de teatros, que debía darle, y echado el original, destinado á la imprenta, en el buzón del correo, en vez de nuestra correspondencia. Poníame sólo en confusión el haber notado que la carta impresa no era precisamente la misma que yo te había escrito, pues que en ella faltaban varios párrafos. Esto me hizo sentir tanto más la equivocación, porque si no puede serme agradable que intercepten nuestra correspondencia, más duro ha de parecerme que la mutilen, dado que yo no escribo al censor, sino á ti. Soy además un tanto tímido, y escribiéndote en confianza como te escribo, ni me cuido de pulir el estilo lo bastante, ni menos de paliar las verdades en un punto: dígame por tanto cosas que es vergüenza ¡por vida mía! que anden impresas, y más vergüenza aún que sean ciertas.

Como quiera que sea, aprovecho para hacer llegar esta á tus manos otro conducto, que me parece más seguro, si en la



publicidad está la seguridad. Quiero más bien escribir una carta que un artículo; y he de dar las razones. Cuando escribes una carta á una persona determinada, puedes estar seguro de tener un lector: si es cierto lo que dicen los franceses, que en todas las cosas *c'est le premier pas qui coûte*, no es poca ventaja la de asegurarse de ese modo un principio de público; y como el que escribe la carta es dueño de escribir á quien mejor le parece, goza de otra ventaja no menor de escogerse el público á su gusto. Sácase de aquí la forzosa consecuencia de que cuando uno escribe una carta, sabe con quién habla, y esto no es humo de pajas tampoco en estos tiempos que corren. Si reflexionas en fin que en el día cuantos artículos podemos hacer han de reducirse á *artículos de fe ó de esperanza*, no extrañarás que me decida por las cartas. Aquí para entre los dos, quiero que me llamen partidario del Estatuto que nos rige, si sé hacer artículos de fe; porque aunque siempre se ha dicho que vivimos en país de ciegos (gran circunstancia para todo lo que es fe), dígame francamente que yo veo el tuerto que ha de ser rey. *Hazlos, pues, me dirás, de esperanza, que de eso los hacen los demás.* Y yo también los haría, amigo mío. ¡Así la tuviera!

Agrega á las razones dadas en favor de las cartas, que es ramo tan bien arreglado, que te da ganas de ponerte á escribirlas sólo porque te las lleven á cualquier parte, y sobre todo desde la real orden de 8 de Enero, la cual está tan clara, que no parece sino que la han discutido en Cortes, y dice así, por ver si tú la entiendes.

## MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN DEL REINO

### REAL ORDEN

«Excmo. Sr.: Enterada S. M. la reina gobernadora del oficio de V. E. de 29 de Diciembre último, ha tenido á bien resolver que mediante haber cesado el riesgo que ofrecía la carretera de Aragón á Barcelona, y no ser tampoco grande el que presenta la que va desde aquella ciudad á Valencia, se despache la correspondencia pública de Barcelona por ambas carreras, hasta que libre de todo peligro el camino de Aragón, sea éste el sólo conducto de comunicación entre Madrid y Barcelona; siendo la voluntad de S. M. cuide V. E. de que se



anuncie esta disposición temporal en *La Gaceta*. Dios, etc. Madrid, 8 de Enero de 1836.—Heros.—Excmo. señor director general de Correos.»

Es decir, que mediante á que ya no hay riesgo de Aragón á Barcelona, se despache por ahí la correspondencia, hasta que no haya peligro. Más claro, señor, que ya no hay riesgo; ya no hay más que peligro. Luégo llama *temporal* á esta disposición, y efectivamente no es mal chubasco; más que real orden parece granizada de palabras; á no ser que la llame así por no llamarla espiritual, y por corresponder más bien al cuerpo que al alma los asuntos de esta carretera. Concluye la real orden con un *Dios, etc.*, que no he podido dar en lo que significa, aunque presumo que el que la puso acabó diciendo, *Dios me asista, ó Dios me entiende, ó Dios sobre todo*, pues que su divina Majestad es capaz de dar cumplimiento á tan extraordinaria resolución. Por donde se ve que es más digno de lástima de lo que parece el señor director de correos, pues no sólo ha de dirigir sus cartas á cada uno, sino que ha de entender al ministerio; á no ser que sus excelencias se entiendan por bajo de cuerda de otra manera más explícita, y guarden sólo para el público ese lenguaje anfibológico.

Es lo peor que en 16 de Enero, ocho días después, no estábamos más adelantados en punto á estilo de reales órdenes, porque Su Majestad por real decreto de dicho día promueve á don Francisco Javier Uriarte y Borja á la dignidad de capitán general de la armada, «sin aumento alguno de goce, á que generosamente renuncia Uriarte en atención á las presentes circunstancias.» Convengo en que las presentes circunstancias no son para muchos goces; pero también es gran lástima que desde el 16 de Enero no pueda gozar el señor de Uriarte sino precisamente lo mismo que gozara hasta aquel día, y que haya de tener tan en el fiel la balanza de sus penas y placeres. Es decir, que si al día siguiente del real decreto le hubieran dado al señor Uriarte una buena noticia, como por ejemplo, la disolución del Estamento, debería haberse mirado mucho en gozar de aquella satisfacción que debería naturalmente caberle, porque ese sería aumento de goce, supuesto que en su vida habrá tenido otro igual antes del 16 de Enero.

¿No sería bueno que para mejorar la suerte del señor Uriar-



te, y aun la del director de Correos, se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo menos y escribir?

Pero estarás impaciente por saber el objeto de esta segunda carta; te habrá chocado el rótulo que en cabeza le he puesto. «¡*Buenas noches!* dirás, ¡cuando estoy yo esperando un nuevo día y el progreso y difusión de las luces en cada noticia que de la patria recibo!» Quiérote sacar de confusiones. Las *buenas noches* que te doy no son para ti; no es ahí, sino aquí, donde nos hemos quedado á oscuras. ¿Ves claras ahora las *buenas noches*? ¿Tampoco? Manos, pues, á la obra, y escucha, que hay que tomarlo de más arriba.

Hay entre nosotros unos pocos hombres que andan jugando á la gallina ciega con nuestra felicidad, y que tienen el raro tino de hacer siempre las cosas al revés. Estos tales habían leído ya el año 12 los escritos del siglo pasado, y se habían hecho ellos solos liberales, que no había más que pedir. Oyeron el grito de independencia nacional, y dijeron para su sayo: «¡*Oiga! la España se ha ilustrado;*» con lo cual no tuvieron duda en que se podía dar una constitución, y diéronse una especie de código, sagrado, respetable siempre como paladión que fué de nuestra independencia y cuna de nuestra libertad, pero cuya bondad no hubo de ser muy comprendida por los pueblos todos, realmente atrasados para tanta mejora, pues que en cuanto se presentó el amo de casa hubo día de sábado, y quedó el suelo limpio de innovaciones. Los hombres de que te voy hablando dijeron: «Esto ha sido una traición, y otra vez sucederá mejor.» Esperaron, y el año 20 helos aquí que tornan á poner la mesa y los mismos manjares sobre ella, porque el apetito, decían, era el mismo. Pero van y vienen días; van y vienen franceses, viene y se va la constitución, y vienen y se van nuestros hombres otra vez. Ya en medio de los tres años entró en reflexión alguno de ellos, y dijo para sí empezando á escarmentar: «Acaso no está la España bastante ilustrada, y no tiene su estómago tanto apetito como yo le había supuesto; no será malo sustituir las Cámaras á la constitución.» Pero el tercero en discordia decidió la cuestión, y mientras que aquellas y éstas se andaban representando la comedia de *¿Quién ha de mandar en casa?* se adjudicó él á sí mismo la parte del león de la fábula. Nuestros hombres pasaron diez años en el extranjero, y



aquellos de quienes te voy hablando, en lugar de decir esta vez como dijeron la primera: *Esto ha sido traición*, que entonces hubieran acertado, dijeron: *Está visto, la España no está ilustrada*. La cosa es clara; malograda la intentona dos veces, era preciso inferir una de dos cosas: *ó los gobernantes ó los gobernados no sirven para el paso*. Alguien que hubiese sido modesto hubiera dicho: *¿Si seremos unos torpes?* Pero nuestros hombres dijeron: *Ellos son unos sandios*. Y pusieron de nuevo la mesa: « Pero esta vez, añadieron, no os hemos de ahitar, porque si el año 12 no teníais apetito, si el año 23 dejasteis hundirse el banquete, ¿cómo podréis digerirlo el 34? » Rara consecuencia: yo hubiera sacado precisamente la contraria; porque algo habíamos de haber adelantado del año 12 al 20 y del 23 al 34. De suerte que ellos, que habían andado demasiado cuando los demás estaban parados, comenzaron á pararse cuando los demás empezamos á andar.

Figúrate, amigo mío, que eres sastre, y que le haces á un niño de siete años un uniforme de consejero: ¡claro está que ha de venirle ancho! tú, sastre, entonces, dices: « Vea usted, ¡qué niño tan torpe! le hago un uniforme de consejero, tan hermoso y tan bordado, y al muy necio no le viene.»

Coges el uniforme, desprecias al niño y te vas. Á los siete ú ocho años vuelves con el mismo uniforme, y el niño tiene quince. « ¿Ancho todavía? exclamas; esto no se puede aguantar; si el uniforme está lo mismo, ¿cómo no le viene? Está visto que este muchacho no sirve para consejero, es un sandio.» Vuélvete á tu taller, y escarmentado de las pasadas experiencias hácesle una bonita envoltura, y vuelves con tu lío debajo del brazo á los diez años, y entonces el muchacho tiene ya veinticinco. « ¡Qué diantres! gritas asombrado, este muchacho es el diablo, ¡tampoco le viene la envoltura! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! pues, señor, es investible; » y coges y le dejas en cueros.

¡Vive Dios, señor sastre, qué consecuencia y qué tijera!!

He aquí, amigo mío, la historia de España desde el año 12 hasta el 34, más clara que la del padre Duchesne, traducida por el padre Isla. Me parece que habrás entendido cuál es la envoltura, y excuso decirte quién es el sastre. Ahora que nos podíamos empezar á vestir nos viene con la envoltura, y porque no nos asienta dice que somos unos brutos.

Mal acomodada, en fin, esta vestimenta, que nos lía de piés



y manos, y sin siquiera andadores, reúnen los Estamentos del siglo xv arreglados á las necesidades del siglo xix, esto es, la envoltura con faldones y corbata; y pasamos largos meses haciendo una comedia de capa y espada, que no ha sido otra cosa todo el año 35, según lo mezclado de la intriga, lo enredado del embrollo, los velos que se han corrido y descorrido, las entradas y salidas, las mutaciones de escena, los encuentros por las calles, las tapadas que han implorado nuestro favor, y lo exquisito de los conceptos sin que puedan olvidarse las largas relaciones de dama y galán, que sólo para lucirse los actores se han estudiado y se han dicho.

Pero cansado el público de tan largos parlamentos, y de ver todavía tan oscuro el desenlace, ilumina una noche la Península con conventos; al resplandor de los sublimes flammeros no ve cosa que le estorbe sino el ministerio, y pide por junto su caída.

Un hombre nuevo es llamado á deshacer la facción y á rehacer la nación; se necesitan recursos por una parte, y el hombre nuevo encuentra recursos. Pero para rehacer la nación es preciso empezar por deshacer lo que encuentra mal hecho. ¡Triste suerte, que hayamos de pasar un año en deshacer el error de un día! Nueva Penélope, la España no hace sino tejer y destejer.

Júntanse en esto las Cortes. «¡Gracias á Dios, dirás, que tenemos quien illustre la materia!» El trono habla á las Cortes, y las Cortes contestan al discurso del trono. Hasta aquí no hay cuestión de gabinete, es sólo cuestión de buena crianza. El uno dice: *Servidor de usted*; y el otro contesta: *Muy señor mío*. No es decir esto, sin embargo, que no haya transcurrido casi un mes en debatir y dilucidar si el uno podía decir á su riesgo y peligro el primer cumplimiento, y si podría el otro en consecuencia responder con el segundo. Pero al fin se convino, se decidió que no había peligro ni por una ni otra parte en decirse los mencionados piropos.

En seguida el ministerio abraza dudas acerca de si tiene ó no tiene la confianza de la nación, que le acaba de confiar el poder. Y va y lo pregunta al apoderado de la nación, cuyo apoderado conviene consigo mismo en que no es tal apoderado, supuesto que la ley electoral, por la cual existe, es provisional y defectuosa, y no pudo dar por resultado la expresión de la voluntad de la nación; lo cual es tan cierto, que



esa misma representación nacional, que no es representación nacional, va á hacer ella en virtud de sus poderes, que no son poderes, otra ley electoral que dé por resultado la expresión nacional. Pero has de saber que en estos Gobiernos representativos queda destruído el antiguo refrán que dice: *que nadie da lo que no tiene*, más claro, con un ejemplo, en ellos una vela apagada puede encender otra vela. ¿Lo ves claro ahora? Pues sin embargo, el ministro puesto por la nación, le pregunta al tal apoderado de la nación, si la nación tiene confianza en él. Es decir que yo, mayordomo tuyo y puesto por ti, le pregunto á tu ayuda de cámara si me da licencia de que te siga sirviendo de mayordomo. Ya ves que el paso es natural. ¡Ventajas inmensas todas de haber hecho las cosas á medias, cuando hubo coyuntura de hacerlas por entero! ¡Suerte precisa de un pueblo que se empeña en que le den lo que no se da, lo que sólo se toma! Porque el que da no puede menos de ser legal, y la legalidad repugna toda innovación.

Felizmente como le había de haber dado al apoderado por decir que no, dióle por decir que sí, y tuvimos *voto de confianza*.

Dióse de paso otro empujón á la cosa pública, y púsose por fin el nombre de *guardia nacional* á lo que el año pasado no se podía llamar así sino con manifiesto peligro. Ya te lo he dicho, *tejer y destejer*. En unos cuantos meses no hemos hecho sino destruir nombres nuevos para llegar á los viejos: destejer; de *fomento* á *interior*, de *interior* á *gobernación*, de *subdelegado* á *gobernador civil*; ya llegaremos á *jefes políticos*; de *Estamentos* á *Cortes revisoras*, y ya llegaremos á *constituyentes* y á *constitucionales*. En unos cuantos meses han perdido las palabras *guardia nacional* todo el veneno que tenían; puestas en prensa, como han estado, lo han escurrido. Semejantes en eso al vino, que nuevo hace daño, y embotellado y guardado se vuelve mejor. Por el contrario, las palabras *milicia urbana* perdieron su fuerza y se malearon, semejantes también al vino, que expuesto al aire libre se agria y se desvirtúa.

Después de haber conseguido desandar ese trozo de camino, vamos á la ley electoral: que ya no sé con qué comparártela, porque, sea dicho con respeto, no sé á qué se parece. En primer lugar el ministro, picado sin duda de la generosidad del Estamento que le acababa de conceder su voto de con-



fianza, no quiere ser menos, y le da el suyo al Estamento con tres proyectos adjuntos, el suyo, el de la mayoría, y el de la minoría de la comisión, diciendo que no es cuestión de gabinete, y que adopta lo que el Estamento decida. Confianza por confianza. Se adopta la totalidad. ¡ Gran victoria, parecida á otra moderna que no quiero nombrar, y que también se volvió toda principio ! ¿ *Qué importa?* dice la oposición. En los artículos te aguardo. En el todo están de acuerdo ; en lo que no están de acuerdo es en las partes que componen ese todo ; pero por lo demás ¡ qué bobería ! El encabezamiento, la fecha, el oficio de remisión, todo está bién. Es decir : « Yo te regalo una capa hecha, sólo que no quiero que gastes de ella ni el paño, ni los embozos, ni el cuello, ni las hechuras. » Ahora, abrígate tú como puedas, que al fin yo te regalo la capa.

Contarte, querido amigo, los pasos de la discusión es obra superior á mis fuerzas, y decirte en quién estuvo la culpa y nombrarte al que por falta de práctica parlamentaria dejó que su enemigo se adelantase á tomar la mejor posición, es superior á mi voluntad ; por tanto te aconsejo que echés mano de las sesiones de Cortes, y te las leas de cabo á rabo, y si llegas á entender claro en el asunto, te aconsejo también que te des la enhorabuena, y te tengas en lo sucesivo por hombre de talento.

¿ Quieres que te diga lo que yo he sacado en limpio, por ende verás que soy un pobre hombre ? Ya yo me lo presumía, pero nunca creí quedarme á oscuras con tantas luminarias ; porque decía yo para mí : para que se entienda una cosa habrá de bastar ó que el que trata de averiguarla no sea lerdo, ó que el que la explica sea muy avisado. Nada de eso, y juzga si el pobre Fígaro es lerdo, cuando no ha sacado en limpio sino :

Que la elección directa es la más liberal ; que el ministerio es liberal, y quería lo mismo que quisiese el Estamento siempre que lo que quisiese el Estamento fuese lo mismo que él quería. Que ha habido una comisión y dos proyectos en ella, y que el ministro quería lo mismo que la comisión, que quería dos cosas distintas, y que el Estamento, que no quería ni al ministro ni á la comisión. Que la oposición en el Estamento era de hombres retrógrados que abogaban por el progreso, y que querían la elección directa como la más liberal, ellos



que eran los menos liberales ; que el ministro, que hacía de ministerio, y la comisión, que hacía de las suyas, eran hombres progresivos que abogaban por el retroceso, y que querían la elección indirecta como la menos liberal, ellos que eran los más liberales ; que los más liberales querían que se efectuase la elección por provincias, y los menos liberales por partidos ; que hay cincuenta y tantas provincias y doscientos y tantos partidos en España ; que las provincias son más liberales, á pesar de que los más liberales son los partidos, etcétera, etc. ; y he entendido, en fin, que ni los he entendido, ni se entienden, ni ya nunca nos entenderemos.

¿ Me has entendido, Andrés ? Bueno : pues ahora sabrás que de resultas amaneció un día y se votó todo eso : abstuviéronse diez señores de votar, lo cual hace tal vez el elogio de su conciencia ; sin duda no estaban todavía más ilustrados que yo, y se perdió la votación, todo por cinco votos, que han venido á ser las cinco llagas, Andrés mío, de este pobre cuerpo crucificado : viniendo á ser también por lo tanto en sus partes cuestión de gabinete, la que en su todo no era sino cuestión de escalera abajo.

Con esto, amigo, y para que nos entendiéramos, se tomó la determinación de hacer callar al Estamento, que si no estaría hablando todavía, quedándonos todos el 27 de Enero á oscuras de Estamento, y de Cortes, y de ley electoral, con la rara circunstancia de que la nación estaba deseando que la disolvieran, y el pueblo es el primero que ha dado la enhorabuena al Gobierno por haberlo enviado á pasear. Y sin embargo ha hecho bien y ha tenido razón. ¡ Ahí verás tú lo que son anomalías !

En efecto, el trono, usando de su prerrogativa, dijo á cada cual en lengua castellana lo que mi tocayo dice en cierta parte : *Buona sera, don Basilio, presto andate á reposar*; y ya á la hora de esta deben de ir por esos caminos los señores procuradores á poner en claro para sus comitentes la ley electoral, que así acertarán los unos á entenderla, como los otros á explicarla.

Pero al día siguiente, querido amigo, y cuando creíamos los amigos del ministerio que iba á dar un *golpe de estado*, sustituyendo á la ley provisional agregada al Estatuto, otra ley provisional, en la cual podía decir *ni quito ni pongo rey, pues no es aquella fundamental, y tan ministro soy yo como el*



*padre mismo del Estatuto*, nos encontramos con una *Gaceta* extraordinaria que dice que se reunirán nuevas Cortes el 22 de Marzo, mas no *revisoras* ni *constituyentes*, sino sólo para hacer dos meses después lo que estas debían haber hecho dos meses antes. Á ver si lo entiendes: el ministro dijo, al llegar al artículo que levantó la polvareda: «No me le toquéis, porque de no ser la elección por provincias, habré de tardar dos meses más, y entonces no puedo cumplir mi promesa, porque estoy de prisa.» Respondieron las Cortes: «Abajo el artículo:» parece natural que el ministro va á echar por el atajo y decir: «No me ahorráis los dos meses; pues en atención á la urgencia, yo me los ahorro:» no, señor, sino que dice: «Me embarzáis dos meses, y os disuelvo para que dentro de esos dos meses veamos si otras Cortes mejores me los ayudan á saltar.» En ese caso, pues, ¿para qué disolverlas? Aguantar los dos meses, pues que por todos lados se presentan, y así no serán más que dos; porque si las otras Cortes vienen diciendo erre que erre, entonces serán cuatro en vez de dos.

De suerte que yo por el pronto sólo veo clara una cosa; y es que para el 22 de Marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Cortes, uno de cuyos Estamentos será elegido por los electores que elijan los ayuntamientos y mayores contribuyentes; que sus individuos deberán tener doce mil reales de renta, treinta años, y haber nacido ó estar arraigados en la provincia, según el Estatuto. Que estas tales Cortes oirán otro discurso de la corona, y volverán á contestarle; que se volverá á poner sobre la mesa la ley electoral, en atención á que es preciso hacer una nueva, pues que la actual, por la cual van á ser elegidos esos mismos que harán la otra, no vale nada. Que para entonces es probable que empecemos á entendernos, porque es de suponer que Tarragona, Granada y Asturias no han de reelegir exactamente á todos sus poderhabientes; que se discutirá luégo el proyecto de libertad de imprenta, el de responsabilidad ministerial, *y demás objetos importantes que el bien público reclame*; que para entonces seguramente no tendremos facción, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio, porque estará caído si no la cumple; que en eso se pasará la primavera y el verano: que para el otoño se pondrá en vigor la nueva ley electoral; y que mucho antes del día del juicio veremos las Cortes *revisoras* que engendrarán las *constituyen-*



tes; y que... y en fin, que se acabará el mundo, algún día, si hemos de creer las sagradas escrituras, las cuales añaden hablando de eso, que nuestro Señor Jesucristo vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos; de los muertos no digo nada, pero ¡vive Dios que si yo fuera quien hubiese de juzgar, ya los vivos estarían juzgados!

Y he aquí, amigo mío (en tanto que descubrimos el del ministerio), descubierto el secreto de la oposición, y explicado un tanto la anomalía de cómo querían los menos liberales el método más liberal, á saber, porque era el más largo, sin contar con el rodeo que nos hacen dar sus señorías, que por mucho tiempo reposen, ya que tan completa y oportunamente les damos todos las *Buenas noches*.

Concluiré diciéndote, que hasta la presente estamos tan á buenas noches de ministros como de Estamentos (pues los señores próceres, sin comerlo ni beberlo, también han callado todos á un tiempo, que era como hablaban, sin que por eso dijese entonces más que ahora).

El de la Guerra está en su elemento: estos días se andaba buscando uno para Estado, ó para Hacienda, como quieras entenderlo, pero vaya usted á saber dónde estará metido: con respecto al de Marina, ya oirías que se trataba de hacer ministro de Marina al señor de Galiano, á causa de que habla muy bien; pero como el ministro ha cortado la conversación, dudo mucho que insistan en eso: su excelencia se quedaría hablando con las olas, y diciéndolas el *quos ego* de Virgilio, y por cierto que lo aprecio demasiado para desearle que le hagan ministro. De todas suertes, no debe de admirar en ese ramo la tardanza, porque así pueden andar buscando ministro para la marina, como marina para el ministro. Hay quien añadía si el de la Gobernación ha de mudarse; pero te aseguro que lo tiemblo, porque si cada ministro ha de traer consigo, como ha sucedido hasta ahora, un nombre nuevo y un nuevo reglamento para ese dichoso ramo tan desgobernado, no ganamos para memoria y para membretes impresos.

Sigilo y más sigilo, si he de seguirte escribiendo, no me suceda algún chasco; y en el ínterin que te vuelvo á escribir, que será pronto, recibe las *Buenas noches* de tu amigo.—*Fíguro*.







# INDICE

---

	<u>Págs.</u>
LARRA. . . . .	v

## ARTICULOS DE COSTUMBRES Y FILOSÓFICOS

¿Quién es el público y dónde se le encuentra?.—(Artículo robado).. . . . .	1
El casarse pronto y mal. . . . .	8
El castellano viejo. . . . .	15
Vuelva usted mañana. . . . .	24
El mundo todo es máscaras; todo el año es carnaval.—Artículo del Bachiller.	32
En este país. . . . .	43
La fonda nueva. . . . .	49
Las casas nuevas. . . . .	54
La sociedad. . . . .	60
Las circunstancias. . . . .	66
Las palabras. . . . .	70
¿Entre qué gentes estamos? . . . . .	73
La vida de Madrid. . . . .	79
El álbum. . . . .	83



	Págs.
Los calaveras.—Artículo primero. . . . .	88
Los calaveras.—Artículo segundo y conclusión. . . . .	94
Modos de vivir que no dan de vivir.—Oficios menudos. . . . .	101
La diligencia. . . . .	109
Una primera representación. . . . .	116
El duelo. . . . .	124
En el día de Difuntos de 1836.—Figaro en el cementerio. . . . .	130
Los barateros, ó el desafío y la pena de muerte. . . . .	136
La Noche buena de 1836: yo y mi criado.—Delirio filosófico. . . . .	141
Un reo de muerte. . . . .	148
Necrología: exequias del conde de Campo-Alange, domingo 15 de enero. . . . .	155

## CRÍTICA LITERARIA

Carta á Andrés, escrita desde las Batuecas por el Pobrecito Hablador.—Artículo enteramente nuestro. . . . .	163
Teatros. ¿Quién es por acá el autor de una comedia?—Artículo segundo. El derecho de propiedad. . . . .	173
Carta segunda escrita á Andrés por el mismo bachiller. . . . .	176
Reflexiones acerca del modo de resucitar el teatro español. . . . .	182
Teatros. . . . .	183
Yo quiero ser cómico. . . . .	194
Ya soy redactor. . . . .	199
Don Timoteo ó el literato. . . . .	203
La polémica literaria. . . . .	211
Representación de <i>La Conjuración de Venecia</i> , año 1310, drama histórico en cinco actos y en prosa de don Francisco Martínez de la Rosa. . . . .	216
Un periódico nuevo. . . . .	222
Literatura: rápida ojeada sobre la historia é índole de la nuestra.—Su estado actual.—Su porvenir.—Profesión de fe . . . . .	228
De la sátira y de los satíricos. . . . .	236
<i>El Trovador</i> , drama caballeresco, en cinco jornadas, en prosa y verso, su autor don Antonio García Gutiérrez. . . . .	243
A beneficio del señor López: jornada segunda del <i>Trovador</i> ; acto tercero de <i>La Conjuración de Venecia</i> ; <i>Riego en las Cabezas de San Juan</i> , ó <i>el día 1.º de Enero de 1820</i> ; acto tercero del <i>Diablo predicador</i> . . . . .	248
<i>Antony</i> , drama nuevo en cinco actos, de Alejandro Dumas.—Artículo primero.—Consideraciones acerca de la moderna escuela francesa.—Estado de la España.—Inoportunidad de estos dramas entre nosotros. . . . .	250



	<u>Págs.</u>
<i>Antony</i> , drama nuevo en cinco actos, de Alejandro Dumas.—Artículo 2.º . . . . .	254
Fígaro al estudiante. . . . .	261
<i>Los Amantes de Teruel</i> , drama en cinco actos, en prosa y verso, por don Juan Eugenio Hartzenbusch. . . . .	264

ARTÍCULOS POLÍTICOS

Nadie pase sin hablar al portero, ó los viajeros en Vitoria. . . . .	273
La planta nueva ó el faccioso.—Historia natural. . . . .	279
La junta de Castel-o-Branco. . . . .	282
Segunda carta de un liberal de acá á un liberal de allá. . . . .	290
Primera contestación de un liberal de allá á un liberal de acá. . . . .	293
Tercera carta de un liberal de acá á un liberal de allá. . . . .	296
El hombre-globo. . . . .	299
Cuasi.—Pesadilla política. . . . .	305
Fígaro de vuelta: carta á un su amigo residente en París. . . . .	310
Buenas noches. Segunda carta de Fígaro á su corresponsal en París, acerca de la disolución de las cortes, y de otras varias cosas del día... . . . .	317







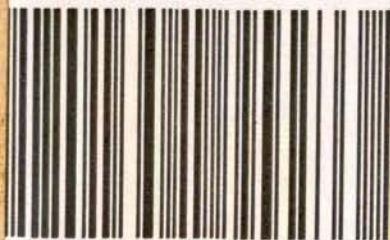






1052160





120164 7 104566